

*Lily*  
*Gerda*

*Atrapados en sus Redes*

*Nobles Inseparables 4*

*Atrapados en sus*

*Redes*

Nobles Inseparables IV

*Por: Lily Cerda*

## ***Derechos de Autor***

Atrapados en sus Redes © 2017 por Liliana Cerda

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

## *Dedicatoria*

A mi Dios que es la muestra viva de un verdadero amor, su presencia llena toda la mi vida y llega cuando menos lo esperamos, es tan simple y tan real que cambia vida.

A mi Esposo, Christian Cerda, ya que su Amor ha sido mi motor y mi motivo de seguir y no dejaré de dar gracias a Dios por su llegada a mi vida.

Os querré siempre y para siempre.

L.C

## *Sinopsis*

Dos caballeros con distintos caracteres y forma de ser, unidos por la amistad, posee en común una inmensa fortuna, al mismo tiempo, herederos de los títulos más influyentes de Inglaterra, son llevados por el destino a los pies de dos damas. Ellas por su forma de ser y sus temores e inseguridades, nunca imaginaron que esos caballeros algún día podían estar a sus pies.

Esta historia narra el amor de dos parejas que trataron de atrapar sus destinos con sus propios lazos, pero este se suelta de sus manos y son ellos quedan atrapados en sus mismas redes.

Cuando se ama de verdad no hay nada que pueda contenerlo, ya que el amor es como el aire necesario para vivir, así mismo es el amor, cuando se encuentra no se puede vivir sin la persona amada.

*Tabla de contenido*

[Atrapados](#)

[en sus](#)

[Redes](#)

[Por: Lily Cerda](#)

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Epilogo](#)

[1 Corintios 13: 4 al 7\(Reina-Valera 1960\)](#)

[FIN](#)

# Capítulo I

Lady Beatriz se la pasaba todo el día en el taller que su hermano le había preparado, para que ella hiciera sus esculturas, este estaba localizado encima de las caballerizas, en la parte posterior, dándole una vista exquisita de las tierras de la mansión del Duque de Wessex, el área era amplia y aunque la mansión de su hermano en Londres era pequeña, comparada con la que poseían en Norfolk, en cambio su taller era todo un sueño.

Se quedó de repente sin hacer nada, recordando como hacía ya más de un año había visto al caballero de sus sueños en Norfolk:

—Dígales a sus caballeros que suelten a mi hermano.

Pero al reconocer al caballero y que él la mirara con aquellos ojos verdes penetrantes, la dejó sin aliento...

Al día siguiente, lo encontró mirando sus esculturas:

—¡Su excelencia!

—Lady Beatriz Hopkins, veo que se ha vuelto todo un escultor.

—Es simplemente un entretenimiento.

—Pues lo hace muy bien.

—Eso es un halago, creo que no estoy escuchando bien.

—Al parecer que además de poseer talento con el cincel ha creado también un talento para responder.

—Es que hay cosas que nos ocurren que nos hace que cambiemos.

—Pues si le soy sincero, me gusta que las cosas cambien, aunque no me gustaría ver que su dulce corazón cambie.

Diciendo eso, salió del taller dejando a Beatriz sorprendida al escuchar sus palabras.

Y aquel día que se marchó Camelia y se enfrentó a su hermano en su taller, después de pronunciar aquellas palabras fuertes, levantó el rostro, allí estaba él, la miró por un tiempo que para ella fue eterno, y aunque él no movió un musculo de su rostro, algo le decía que el Duque de Wessex deseaba reconfortarla, pero él no hizo nada y se marchó. Posteriormente en de dos años, lo volvió a encontrar, esta vez en la biblioteca, estaba calentándose en la chimenea:

—¡Su excelencia!

—Buenos días Lady Beatriz Hopkins.

—Buenos días.

—Veo que le sorprende encontrarme aquí.

—Es que no sabía que usted había llegado.

—¿Eso haría una diferencia en sus hábitos?

—Pues sí, no saldría de mis aposentos.

—Tanto le perturba mi presencia, creía que eso había cambiado, pues esos sentimientos que hace años, albergan usted a mi persona, cavilaba que solo eran cosas de niñadas.

Ella se marchaba cuando él simplemente preguntó:

—¿Aun siente lo mismo?

Lady Beatriz deseaba mentirle, decirle que no, pero sus sentimientos hacia él cada año que

pasaba iba en aumento, tanto que en esos días lo había evocado con todo su corazón, pues deseaba verlo, aunque, fuera de lejos, así que dijo:

—No, no han cambiado, y si dice que es solo una ilusión, quizás lo sea, y claro esta me reprenderá diciendo que me he aferre a ese sentimiento por la sencilla razón de que es imposible.

El Duque de Wessex se aproximó a ella poco a poco, estaba muy cerca, así que ella retrocedió un poco:

—¿Qué la hace pensar que sea imposible?

Ella entendió que el Duque estaba jugando con ella, así que respondió:

—Porque usted siempre me verá, como la hermana pequeña de su mejor amigo.

—¿Eso es lo que usted piensa?

No terminó la frase, pues descendió sus labios a los de ella y la besó, al principio Lady Beatriz caviló que soñaba, pero al sentir una mano en su cintura y otra en su nuca, supo que el Duque la besaba de verdad, cerró los ojos para disfrutar de aquel beso, pero de pronto, él simplemente dejó de besarla y la soltó, sin más apuntó:

—Esta es una lección Lady Beatriz Hopkins, nunca se quede con un caballero a solas, pues nosotros nos aprovechamos de la debilidad de las damas.

—¿Aprovechando las debilidades de las damas?

—Así es, por mi parte estoy convencido de su amor eterno hacia mi persona, así que haría con usted lo que me place.

Lady Beatriz se ruborizó, por tener los sentimientos tan transparente y evidente, así que, sin más, levantó la mano para darle una bofetada, pero el Duque le agarró la mano y sin más la atrajo hacia él, su rostro estaba casi tan pegado al de ella, que sintió y olió su respiración, pero el Duque no la besó, sino que le dijo:

—Sea convertido usted en una verdadera tentación, pero no tanto que le permita ciertas faltas a mi persona.

Lady Beatriz Hopkins se soltó de él, sin más, caminó hacia la puerta y antes de abrirla expresó:

—Usted no posee corazón.

—Qué bueno que lo entienda, pues así se mantendrá alejada de mí, si se atreve aproximarse, solo saldrá lastimada.

—No se preocupe, que no lo haré.

Ella había salido de la biblioteca, se refugió en su taller, pero después de un instante, recapacitó en las palabras, él deseaba que ella se mantuviera alejada, pues la veía como una tentación, ¡el Duque de Wessex poseía cierta atracción por ella! así que dejó su cincel deseando comprobar sus especulaciones, pero al retornar a la biblioteca donde lo había dejado, encontró a Lady Ann Blissington.

Él esa vez se marchó sin volver a verlo, después de ese beso únicamente se encontraron cuando entró y dijo que ellas habían convertido la mansión en un jardín, después de eso, no lo volvió a ver más, ya que no asistía a los eventos y galas.

Lady Beatriz suspiró, pues se había enterado, de que el Duque vendría a su mansión, no estaba segura de que hubiese llegado, ya que ni por cortesía se había aparecido a mostrarle sus respetos a ella o a Lady Ann Blissington.

Estaba haciendo lo posible por llamar la atención a otros caballeros, aunque muchos estaban interesados, ella aún permanecía con ese amor en secreto.

Caminó despacio y al entrar encontró al Duque de Bradford muy inquieto:



—Buenos días Roy.

—Oh Bea, donde está Lady Ann.

—Ella y Lina están de compras.

—Bea no tengo tiempo que perder, debo viajar a Wessex lo antes posible.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a James?

El Duque miró a la joven y sin más expresó:

—Recibí un telegrama, que él se calló del caballo y no despierta.

Lady Beatriz se llevó las manos a la boca y sin más se tambaleó, pero no se desmayó, el Duque le preguntó:

—¿Estas bien?

Ella sin más, cerró los ojos con fuerzas para tomar fuerzas, y se dijo que por primera vez en su vida, haría lo que deseaba su alma:

—Roy llevame con él, deseo verlo, deseo saber que está bien.

—¡Bea!

—Oh Roy moriría si algo le ocurriera a James.

—¡Bea!

—No digas nada Roy y llevame contigo.

—Bea es que no es correcto que viajemos solos.

—Puedo llevar mi doncella, asimismo le dejaré una nota a Lady Ann y a Lina.

Cuando ella mencionó el último nombre el Duque de repente cambio de semblante:

—Está bien, salgo para Wessex en dos horas, así que debes estar preparada.

—Gracias Roy.

Lady Beatriz le dio un beso en la mejilla y corrió escaleras arriba, llamó a su doncella y en menos de dos horas, estaba lista.

Esa tarde llegaron a la mansión Lady Ann y la señorita Lina, exhaustas, pues se encontraron con una amiga de Lady Ann y esta la invitó a tomar el té, las damas accedieron y fue un gran error, pues la dama se la pasó elogiando todos los triunfos de sus nietos y su hijo, para cuando Lady Ann pudo decir algo, fue para despedirse:

—Oh Lina estoy muy agotada.

—No creí que una dama con ese rostro de ángel, pudiera poseer tan gran ego.

—Jjajaja, Jjajaja. Es verdad querida, no recordaba esa faceta de mi amiga.

—Pues la próxima vez, se la recordaré.

—Ja, creo que ya no hace falta, la tendré pendiente, muy pendiente.

El mayordomo se les aproximó, pero no con una bandeja de té, sino con un sobre:

—¿Y esa carta?

—Mi Lady la dejó Lady Beatriz Hopkins.

—¿Qué? ¿Dónde está ella?

—Lady Beatriz Hopkins se marchó con el Duque de Bradford.

La señorita Lina al escuchar esas palabras, se le cayó el sombrero que tenía en las manos, comenzó a temblar y se puso pálida, tuvo que bajar el rostro, para que Lady Ann no viera su dolor.

—¿Qué se marchó con el Duque?

—Si Mi Lady, ella le dejó esta carta.

Lady Ann abrió rápidamente el sobre y leyó las líneas escritas:

—Señor Shopper, Lady Beatriz se marchó de esa manera porque el Duque de Wessex ha sufrido un accidente de caballo, Lady Beatriz se marchó con el Duque pues las circunstancias lo

ameritaban. Así mismo, pondré todo en orden para viajar también al castillo del Duque

—Sí, Mi Lady.

Al escuchar las palabras de Lady Ann el alma retornó al cuerpo de Lina.

—Lina debemos preparar todo, debemos enviar notas de disculpas a las galas que hemos sido invitadas, pues pasado mañana viajamos a Wessex.

—Sí, Lady Ann.

El viaje de las damas se tuvo que posponer una semana, pues Lady Ann estaba un poco débil por haber contraído un catarro, en cambio la señorita Lina estaba desesperada por marchar a Wessex, aunque comprendió que Lady Ann debía reponerse antes de hacer el viaje.

\*\*\*

De camino Lady Beatriz únicamente le pedía a Dios que nada malo le ocurriera al Duque, que le preservara la vida y que cuidara de su alma para salvación.

El señor Sam había llegado hacia cuatro días al castillo de Wessex, donde tanto recuerdo poseía guardado en su memoria:

—Señor Rokis, como sigue su excelencia.

—Señor Sam ha despertado, pero está de muy mal genio.

—Eso es bueno, pues quiere decir que es el mismo.

—De eso na hay dudas, señor.

El señor Sam, respiró profundo, antes de entrar a los amplios aposentos de su señoría:

—Buenas tardes James.

—Sam, crees que son buenas, mira como estoy.

—Lo veo vivo mi buen amigo y eso es mucho, Dios ha tenido misericordia de usted.

—Sam no lo envié a buscar para escuchar sus palabras religiosas.

—Pues no podrá evitarlo James, ya que esa es mi forma de expresarme.

—¿Qué ocurrió Sam?

—Usted se cayó del caballo, el mismo día que llegué, es decir que hoy hace cuatro días, ha estado durmiendo.

—Por eso me duele todo.

—Bueno no por dormir, sino por las alteraciones de su hombro, mano derecha y las piernas, además su rostro.

—¿Qué me quieres decir Sam?

—Bueno James, que al parecer el caballo poseía algo contra usted, pues lo arrojó de tal manera, que no podrá mover su mano derecha porque su hombro está bien hinchado y su mano izquierda está también mal, ni podrá caminar por un tiempo.

—¿Qué?

—El galeno vendrá a verlo esta tarde, le ha estado dando un té para que descansara y de esa forma recuperará las fuerzas.

—¿Quién es ese galeno? ¿Será que está loco?

—No James, usted necesitaba dormir, su cuerpo estaba tenso y su rostro denotaba un gran cansancio, además, por los golpes de la caída debía descansar, y respondiendo a su pregunta, el galeno es un joven caballero americano, ya que el señor Mothurter partió a los brazos de su salvador.

El Duque no expresó palabras, se hizo un silencio, el señor Sam salió y dio órdenes que le subieran un poco de consomé de pollo y papas al Duque, posteriormente entró, comenzó a abrir las cortinas:

—Deseo moverme.

—Espere un instante, llamaré a dos lacayos.

—No, donde están Oscar y Allan.

—Están descansando, se han pasado toda la noche despiertos.

—Pues no deseo que otras personas me vean como estoy.

—Pero ellos necesitan descansar James.

—No les pago para descansar, les pago para que me sirvan y ahora quiero moverme, es que estas tan viejo que no entiendes....

El señor Sam lo escuchó maldecir y decir impropios, después se formó el silencio:

—Sí, estoy viejo, tanto que no deseo escuchar rabieta de un Duque egoísta, así que me marcho a Bath.

El señor Sam caminaba hacia la puerta, cuando escuchó:

—Si me deseas chantajear con su partida no lo logrará Sam, ni obtendrá una disculpa de mis labios.

—Lo sé James, lo sé.

El mayordomo entró con la bandeja, la colocó en la mesita, el señor Sam le indicó:

—Rokis ayúdeme a poner en posición al Duque, para que pueda comer.

El encargado del servicio sorprendido por la petición del caballero, únicamente abrió los ojos como plato, pero sin decir palabra, muy nervioso se aproximó a la cama:

—Así James.

—Sí Sam.

—Bien, gracias señor Rokis.

El caballero asintió con la cabeza y salió cuando el señor Sam le preguntó:

—¿Rokis usted cree que en el servicio haya una dama que pueda cuidar del Duque?

—¡No! No deseo a ninguna dama aquí.

—James necesita que alguien lo cuide, mientras esté en cama.

—Mis maestrasalas lo harán.

El señor Sam, dejó que el mayordomo se alejara, a continuación tomó los alimentos, los bendijo muy tranquilamente, posteriormente de dar gracias a Dios por ellos, comenzó a dar de comer poco a poco al Duque, pues sus labios estaban hinchados, así como parte de su rostro, fue un esfuerzo para él, poder comer algunos sorbos y hasta tomar agua le dolía, así que cuando terminó de comer, el señor Sam le indicó:

—Ahora debe descansar.

—Sam, no deseo que la servidumbre me vea así.

—James, sus maestrasalas están agotados, ellos han pasado estos cuatro días cuidando de usted, además no soy joven, mis huesos me pesan y mis fuerzas me abandonan, no puedo cuidar de usted, necesitamos a alguien.

—Voy a descansar, después voy a pensar quien puede cuidarme.

—Está bien James.

El señor Sam salió de los aposentos del Duque, antes de hacerlo giró el rostro y lo contempló, sabía que ese accidente era para poder domar aquel corazón duro y rebelde que poseía aquel joven Duque, así que pidió a Dios:

—Dios bueno, quebranta su corazón para que su alma pueda escuchar los toques de Jesús llamando a su puerta.

Dos días más transcurrieron y el Duque se ponía más iracundo, era medio día, cuando se escucharon cascadas de caballos aproximarse, eran tres carruajes que hacían la entrada a la gran plazoleta del frente del castillo.

Lady Beatriz se quedó impresionada desde el momento que su carruaje hizo la entrada aquella hermosa puerta, pues un amplio lago bordeaba el camino de entrada y los jardines hacia más impresionante la vista, pero al deslumbrar aquella magnífica edificación, su corazón se aceleró, pues poseía las características de su dueño, grande, fuerte, imponente, con aire de misticismo y a la vez solitario.

—Ese es el castillo de Wessex.

—¡Es impresionante!

—Bea antes de llegar, deseo preguntarle algo.

—Sí Roy.

—Bea usted... usted siente algo por James.

—Sí Roy.

—Herbec lo sabe.

—No, únicamente James y ahora usted.

—¡James lo sabe!

—Sí, pero indicó que me alejará de él.

—Pues llévase de su concejo Bea, James puede ser un excelente amigo, pero nunca será un buen esposo.

—¿Por qué Roy?

—Él cubrió su corazón con una fuerte coraza que hace que no le importe nadie, por eso le llaman el Duque Implacable, porque en verdad no se apega a nadie.

—No puedo mandar en mi corazón Roy.

—Prométame que cuando lo vea, se retornará a Londres.

—No puedo hacerlo, debo verle primero.

—Bea usted posee un corazón tierno y bondadoso, puede que sea lastimada y de una muy mala manera.

—Roy gracias por preocuparse por mí, pero toda mi vida he sido muy cobarde, siempre he optado por ser sumisa y callada, en vez de enfrentar a los demás, he sufrido mucho en silencio por mi cobardía, ahora que poseo las fuerzas y el coraje, pues Dios me ha dado la valentía por Jesús, no me la quite ahora usted.

—Está bien Bea, pero cuídese, pues nosotros podemos ser caballeros hasta un punto, después nos tornamos irracionales.

—Sí lo sé, lo he visto en Arthur.

Un tiempo después, estaban entrando al imponente vestíbulo, un mayordomo vestido de negro los escoltaba, se reunieron con otro caballero:

—Bienvenido su excelencia.

—Señor Rokis, ¿Cómo sigue el Duque?

El caballero se sorprendió al escuchar las palabras, pero prontamente se irguió y contestó:

—Muy mejor su excelencia.

—Pues deseo verle.

—Creo que el Duque no recibe, su excelencia.

El Duque de Bradford sonrió de forma ladeada, como hacia cuando algo le ocultaban.

—Ya veo, en tal caso, prepare una recámara para Lady Beatriz Hopkins y además busque una dama que le haga de compañía.

—Si su excelencia.

—¿Dónde está Sam?

Una vez más el caballero se sorprendió, después habló con calma:

—Está en los aposentos Ducales, su excelencia.

—Puede retirarse Rokis.

El caballero formó una reverencia y salió, el Duque de inmediato salía al pasillo, mientras Lady Beatriz lo seguía.

—Bea debes quedarte aquí.

—No Roy, voy a ir contigo, no puedo respirar bien hasta que no lo vea.

El Duque observó la preocupación de la dama y supo que ella estaba determinada a ver a su amado, así que asintió con la cabeza.

Subieron las escaleras y cruzaron dos pasillos, en la entrada de este estaban dos caballeros haciendo guardia:

—Lo siento no se puede pasar.

—Pues soy el Duque de Bradford y James me espera.

Los dos caballeros vestidos de negro se miraron uno al otro, después formaron una reverencia e indicaron:

—Lo siento su excelencia, pero nos han dado órdenes de que nadie pase sin la autorización previa.

—Pues dígame a Sam que estoy aquí.

Los caballeros se miraron una vez más, uno de ellos se marchó, después retornó y dio el permiso, pero comentó:

—La dama no está autorizada su excelencia.

—Pues es a ella quien desea ver James, no a mí, así que si no la dejan pasar no me hago responsable por sus puestos.

Los caballeros se miraron y uno de ellos asintió, el Duque extendió el codo y Lady Beatriz lo tomó nerviosa, caminaron a las dos puertas de caoba maciza, estas se abrieron y una estancia amplia como un salón de estar, se abrió ante ellos:

—Bea debes quedarte aquí, voy a ver a James, dependiendo como está, le hago pasar.

Lady Beatriz lo miró, pero no respondió, vio como el Duque se alejaba a otra puerta doble que estaba localizada en la mano derecha, escuchó voces, pero al cerrarse la puerta, no se escuchó más:

—Sam, ¿Cómo está?

—Roy ¿Qué haces aquí? —Indicó el Duque.

—Pues ya lo escucha usted joven Roy, está como siempre gruñendo.

—Hola James, que gusto es escuchar su voz.

Cuando el Duque se aproximó a la cama, vio a su amigo con el rostro con moratones, la mano derecha vendada y las piernas, su rostro se veía impaciente, pero su voz era la misma mandona y autoritaria:

—¿Quién le dijo de lo ocurrido?

—Envié un telegrama al Duque, James, el mismo día de su accidente.

—Sam es que se ha vuelto usted una vieja chismosa.

Roy miró al señor Sam y le sonrió, pues, aunque su amigo estaba bien agolpeado y desfigurado su rostro, su carácter estaba intacto.

—Puedo observar que no perdió su lengua afilada en el accidente.

El señor Sam, y Roy se volvieron a la puerta al escuchar la voz de Lady Beatriz, mientras el Duque de Wessex la miraba desde la cama y por primera vez había perdido el habla, pues se sorprendió al verla a ella.

—Bea le dije que esperara...

Lady Beatriz no respondió, sino que sin más se aproximó a la cama donde estaba el Duque, este aún no se recuperaba del asombro, así que ella aprovechó su sorpresa y señaló:

—Su almohada está muy alta —ella sin más puso su mano en la frente de él—, tiene calentura, así que hay que poner paños fríos...

El Duque miró a Roy como buscando una respuesta, pero aun no podía hablar, su amigo miró al señor Sam que del mismo modo estaba sin habla, al ver la joven con aquella naturalidad al frente del Duque, este se recobró del asombro y bramó al decir:

—¿Qué hace ella aquí Roy?

El Duque se quedó mirando a su amigo, pues que podía decirle, fue Lady Beatriz que respondió:

—Su excelencia debería caerse una vez más del caballo, a ver si eso le arregla sus modales.

El señor Sam no pudo más y soltó una risita, así mismo Roy.

—Sáquenla de mis aposentos.

—Usted no posee más dominio de mando, es usted ahora un simple enfermo y debe actuar como tal, de lo contrario no se recuperará, o mejor dicho le dará un dolor de pecho, pues no pienso salir de aquí, ahora, ni en estos días, hasta que usted no se recupere.

—¡Roy!

—Bueno James, debo descansar, así que debes escuchar las palabras de la dama, ella es muy decidida dímelo a mí.

Su amigo salía de la recámara, mientras el Duque desde la cama le decía:

—Llévatela Roy, no la deseo ver, llévatela...

Pero el Duque salió, detrás de él salió el señor Sam.

El Duque comenzó a decir impropias palabras y a maldecir, ella sin más tomó un paño, lo jugó de agua y se lo iba a poner en la frente de él, pero el Duque le detuvo la mano con su mano izquierda, al sentir la piel de ella, él la soltó como si le quemara:

—Déjeme, váyase...

—No lo haré, vine a cuidarlo y me quedaré.

—No se ha dado cuenta de que no me agrada, que la repugno, no deseo ni verla, nunca me ha gustado y nunca me gustará.

El Duque hablaba, pero no la miraba, pues no deseaba que ella lo viera desfigurado como estaba su rostro.

—Eso no es nuevo, lo sé desde hace mucho...

Al escuchar las palabras de la muchacha, el Duque cerró los ojos, pues se sentía agotado y muy cansado, cansado de mantener a todos alejado de su vida, cansado de tener todo bajo control, cansado hasta de vivir. Así que poco a poco volteó su cabeza para que Lady Beatriz colocara en su frente los paños, ella lo continuó haciendo en silencio, hasta que el Duque se quedó dormido.

Ella lo vio dormido y unas lágrimas descendieron por sus mejillas, pero al escuchar que unas de las puertas se abrían, ella de inmediato la retiró, era el anciano que estaba con el Duque

cuando ellos llegaron, él le hizo un ademán para que saliera, ella asintió y fue al salón de estar:

—Mi Lady debe estar cansada.

—En verdad no mucho.

—Mi nombre es Sam, siempre he estado con James, aunque hacía más de un año que vivía en Bath.

—Un placer señor.

—El placer es mío Mi Lady, pues en toda mi vida y le digo que ha sido larga, no había conocido a nadie ni hombre y mucho menos damas que le hablara así al Duque.

—Eso lo hizo el temor.

—No lo creo, quizás otro sentimiento, pero no el temor...

El anciano le sonrió y sin más indicó:

—En esas puertas están los aposentos de la Duquesa, envíe a poner sus pertenencias allí, pues en verdad necesitamos que usted lo cuide.

Lady Beatriz miró las puertas dobles a mano izquierda, el anciano la abrió para ella y era una hermosa recámara en blanco y dorado, digna de una reina.

—Es mejor que se aloje usted aquí, pues conociendo a James hará todo lo posible porque usted no entre a ese pasillo, pero si usted se hospeda aquí, nadie podrá privarla de que entre.

Dos días transcurrieron desde su llegada, él estaba aún muy delicado, así que ese día también lo pasó Lady Beatriz pendiente del Duque.

A la hora de dormir, ella caviló como estaría y pasó una vez más a su aposento, al hacerlo encontró al señor Sam:

—Señor Sam, debe usted descansar, me quedaré con él.

—No es necesario Lady Beatriz, uno de los maestresalas del Duque, se quedará con él.

—En tal caso, vaya usted a descansar, esperaré aquí al caballero.

—Gracias...

El señor Sam se marchó, ella tomó asiento próximo a la cama, le puso una mano en la frente y aun se sentía un poco caliente, ella buscó una pequeña toalla y la mojó con agua, se la puso en la frente, después cuando volvió a mojarla y a ponerla en la frente, él abrió los ojos y le dijo:

—Es que no me dejará dormir.

Ella se sobresaltó, pues no esperaba que él estuviera despierto, sin más se la colocó con cuidado en la frente:

—Tiene calentura...

Comentó ella en voz suave y tierna, él al escucharla cerró una vez más los ojos, ella sabía que él estaba despierto, así que le dijo:

—Puede usted dormir, solo deseo que se sane.

Ella no recibió contesta, después de un momento ingresó un caballero y ella dejó al Duque con él.

Esa noche ella no podía dormir a pesar de sentirse cansada, había hablado con Roy, el Duque le informó que se haría cargo de las responsabilidades de su amigo y que después viajaría a Londres, aunque no le haría saber nada a su amigo, pues James no deseaba ayuda. Esa misma tarde habían llegado Lady Ann y Lina, pero ellas estaban cansadas del viaje y se quedaron en sus aposentos a descansar...

Había transcurrido una semana de su llegada, Lady Beatriz se despertó y fue a ver al Duque, al entrar ya estaba sentado en la cama con sus almohadas bien puestas, se veía que ya se había acicalado:

—De seguro se marcha usted con Roy.

Fue lo primero que le comentó, ella no deseaba discutir tan temprano, así que se quedó callada, el Duque percibió su turbación, pero no expresó palabras, después de un instante de silencio entró el señor Sam.

—Buenos días nos de Dios.

—Sam deseo hablar con mi contable y mis caballeros de confianza.

—James el galeno está aquí.

El Duque miró a Lady Beatriz como diciéndole con la mirada que se marchara, en ese instante el joven americano hizo su entrada, este desde que miró a Lady Beatriz se quedó paralizado, ella formó una reverencia al recién llegado y salió, el joven galeno se quedó mirando hasta que la dama salió.

El Duque con enojo le dijo:

—¿Usted a qué vino?

El joven giró el rostro al Duque y le comentó:

—A cambiarles las vendas.

—Pues haga su trabajo.

Al finalizar, el galeno se aproximó al señor Sam:

—Esa dama que ha estado aquí cada vez que vengo, es familia del Duque.

El señor Sam, divisó que el Duque estaba al pendiente de la conversación:

—Usted se refiere a Lady Beatriz Hopkins.

—Ese es el nombre de la dama.

—Sí, ella es amiga casi hermana del Duque.

—Es decir que ella no posee ninguna relación sentimental con el Duque.

—No lo creo, a decir verdad, creo que el Duque no la soporta.

—Es una dama muy bella.

—Oh sí, pero más bello que su rostro es el dulce y noble corazón que posee.

—Cree usted que la dama desee dar un paseo...

El Duque gritó:

—Sam necesito agua.

El señor Sam sonrió para sí y con un movimiento de cabeza se despidió del galeno, el caballero salió de los aposentos Ducales.

—Sam ¿Qué tanto conversabas con el galeno?

—Oh James, es que Lady Beatriz al parecer ha llamado la atención del joven caballero.

—No me digas que ahora eres una vieja casamentera.

—No creo que Lady Beatriz necesite ayuda, pues desde su llegada, los caballeros de confianza suyos, solamente me hacen preguntas acerca de la dama.

El Duque se quedó callado, mientras el señor Sam lo miraba con el rabito del ojo, el anciano muy despreocupadamente dijo:

—Ayer llegaron dos damas.

—¿Qué?

—Si, Lady Ann Blissington y la señorita Lirio Hill.

—No deseo que ninguna de las dos entre en mis aposentos.

El señor Sam no contestó y continuó poniendo el vaso en la mesa.



\*\*\*

Lady Ann Blissington y la señorita Lirio Hill llegaron esa tarde al castillo de Wessex, fueron recibida por el mayordomo, la anciana se marchó de inmediato a sus aposentos, mientras, que la señorita Lirio estaba decidida a ver al Duque de Bradford, así que le preguntó al mayordomo, cuando Lady Ann se retiró:

—¿Dónde puedo encontrar al Duque de Bradford?

—Señorita el Duque está en el despacho de su excelencia.

—Podría mostrarme el camino.

—Desde luego, sígame.

La señorita Lirio fue escoltada por un largo pasillo, pasaron la biblioteca y después, se detuvieron al frente de una puerta de roble.

—Este es el despacho.

El mayordomo se quedó a un lado, ella sin más comentó:

—Gracias.

La señorita Lirio, dio un toquecito en la puerta y sin esperar respuesta, la abrió, al hacerlo, encontró a dos caballeros, de frente al Duque que estaba en el tramo principal, sentados, al verla los caballeros se pusieron de pie.

El Duque expresó:

—Señorita Hill, que agradable sorpresa.

Los otros dos caballeros formaron una reverencia y de inmediato salieron del despacho, ella le hizo un ademán con la cabeza.

Cuando estuvieron solos ella preguntó:

—¿Cómo pudo viajar solo con Bea?

El Duque la miró y le dio una de sus sonrisas ladeadas, mientras se aproximaba a ella.

—¿Celosa?

La señorita Lirio sin más levantó la mano y con ímpetu le dio una fuerte cachetada, el Duque se llevó la mano a su mentón, después como un rayo la tomó por la cintura y el cuello y la besó, al principio con rabia, después con ansías y posteriormente con avidez.

Cuando ya no podían respirar, él se alejó de ella un poco y con la voz ronca le indicó:

—La próxima vez que desee que la bese, solo pídale, no hace falta que me golpee.

La señorita Lirio, se le trasfiguró el rostro, sin más dio media vuelta y salió a toda prisa del despacho del Duque. Aunque por dentro la dama, estaba rebosando de felicidad, pues si él la había besado de aquella manera, quería decir, que todavía Bea no había ganado su corazón.

La señorita Lirio se despertó temprano, descendió al salón de comedor para desayunar, al entrar, encontró al Duque de Bradford sentado muy plácidamente, disfrutando de su desayuno, él sin más le comentó:

—Buenos días señorita Hill, venga acompañarme, le prometo que no me la comeré.

La señorita Lirio caminó a la mesa y de inmediato le fue servido el desayuno, ella estaba tratando de parecer muy tranquila.

—Me imagino que los caballeros de Londres están muy tristes por su ausencia, señorita Hill.

—Puede que sea así, su excelencia, pero usted no me creerá si le digo, que he conocido en este lugar apartado del mundo, a un caballero, muy amable y distinguido que sobrepasa con creces a los caballeros de Londres.

—No me diga que usted, se ha fijado en uno de los caballeros de confianza de James, le diré, que son muy mayores para usted, o sería en uno de sus maestresalas, pero pensándolo bien, también son mayores.

—Pues que lástima que usted no este familiarizado con él, siendo usted mi tutor, creí que lo conocía y que eso me ayudaría a que usted este de acuerdo con nuestra relación.

—¿Relación? ¿Tanto le ha impresionado el caballero?

—Pues si le soy sincera, sí, es como si lo conociera de siempre, a usted no le ha ocurrido que conoce a alguien y al instante sabe que es la persona adecuada, como su alma gemela.

El Duque se puso de repente de pie e indicó:

—¡Qué tontería!

—¿Se marcha su excelencia?

—Si, debo hacer algo que se me olvidaba.

—Pues que tenga usted buen día, como de seguro lo tendré en este hermoso castillo.

La señorita Lirio, caminaba hacia las escaleras, diciéndose que había hecho una tontería al hablarle al Duque de otro caballero que no existía, cuando levantó la vista, vio descendiendo a un elegante caballero, este sonrió al verla:

—Buenos días señorita.

—Buenos días señor.

—Permítame, soy el galeno del Duque, el señor Stornew.

—Un placer señor Stornew, soy la señorita Lirio Hill.

—Puedo decirle señorita Hill que el placer es todo mío.

La señorita Lirio recordó que Lady Ann todavía no se había recuperado del resfriado, así que expresó:

—Señor Stornew como es usted galeno podía ver a Lady Ann, ella ha estado resfriada, llegamos ayer, pero ella no se ha sentido bien.

—Desde luego que puedo ver a la dama.

Posteriormente, que el joven galeno vio a Lady Ann, indicándole un té y también le dio una emulsión, salió acompañado de la señorita Lirio, cuando estaban al frente del salón verde, ella vio que el Duque los estaba observando desde el otro lado del pasillo, así que le comentó al caballero:

—Señor Stornew ha sido usted tan amable, como he de pagar su atención.

—No me debe usted nada señorita Hill, es un placer servirle.

—Pues prométame que me acompañará a tomar una taza de té, esta tarde.

—No puedo negarme a tan amable invitación y le aseguro que estaré esperando con ansias a que llegue la hora.

La señorita Lirio sonrió, mientras el galeno le daba un beso en la mano.

Lady Beatriz estaba caminando por el pasillo, cuando escuchó la risa de Lirio, al llegar al frente del salón verde, la encontró hablando muy animadamente con el joven galeno:

—Buenos días.

—¡Oh Bea!

El caballero observó como las dos damas se abrazaban, después de saludar a Lady Beatriz, se despidió de las damas, dejando a las jóvenes a solas al frente de la estancia:

—Lirio ¿Conocías al galeno?

—No Bea.

—Pero si hablabas con él, como si fueran viejos amigos.

—Bea, bueno debo hablarle.

Las dos entraron al salón y la señorita Lirio cerró la puerta, posteriormente se sentó a su lado, pero no comentaba nada.

—¿De qué se trata Lirio?

—Bea, usted no sabe la angustia y el susto que sentí cuando supe que usted se había marchado con Roy.

—Oh no Lirio, usted sabe que el Duque es como un hermano para mí, no haría algo así, perdón por hacer que pasara usted un mal rato, nunca me marcharía con un caballero, bueno, no con él.

Lady Beatriz se dio cuenta de que Lirio descendía más el rostro y estaba ruborizada.

—Bea mi preocupación no era por usted.

Lady Beatriz se quedó pasmada, se llevó las dos manos a la boca, entendió lo que deseaba decir Lirio.

Cuando se recompuso, solo apuntó:

—¿Usted...?

—Sí, desde el primer momento que él.

—Pero usted siempre lo ataca y siempre está incomodándolo.

—Es que no sé qué me ocurre cuando estoy en su compañía.

—Lirio usted caviló que me marché con él.

—Sí, fue algo muy estúpido, pero al escuchar simplemente al mayordomo decir, que usted se fue con él, algo dentro de mí se rompió.

—Oh Lirio, pero él como la trata.

—La primera vez que lo vi, fue en la mansión de su hermano en aquella navidad, estaba caminando por el jardín, pues me sentía ahogada por la fiesta de esa noche, recuerdo que llevaba mi capa, choqué de repente con un caballero, él me sujetó para que no cayera, pero antes de soltarme me besó.

—¡Oh!

—Sí, sin conocernos ni instalar una conversación me besó, después, muy tranquilamente se presentó y antes de que le dijera mi nombre, comenzó a flirtear y sin más me volvió a besar...

—Ahora entiendo su enojo aquella noche.

—Sí, pues Camelia lo veía como el mejor caballero y tutor, en cambio esa misma tarde el mismo me había besado dos veces y esa noche lo volvió a hacer.

—¡Qué!

—Oh Bea, con esos besos me robó el corazón, cada vez que lo veía solo deseaba que me besara, pero él mantuvo distancia, una gran distancia.

—¿Entonces por qué hablaba de esa forma con el galeno?

—Porque antes de usted entrar, él estaba aquí escuchando.

—Lirio tenga cuidado, quizás esa no sea la forma correcta de llamar la atención al Duque.

—Tal vez no, pero le funcionó a Selene.

Lady Beatriz se quedó un instante, pensativa, después le sonrió y le indicó:

—Solo tenga cuidado.

—Lo tendré.

Esa mañana Lady Beatriz no se aproximó a los aposentos Ducales, se quedó compartiendo con Lirio, ya que Lady Ann se había quedado en sus aposentos, pues el viaje la había agotado, asimismo aún no se había repuesto del resfrío y la emulsión que le dio el galeno la ponía a dormir.

## Capítulo II

El Duque de Bradford, miraba los papeles que poseía al frente sin poner mucha atención, los caballeros de confianza del Duque de Wessex únicamente lo miraban, él de pronto lo soltó y se puso de pie, su enojo era tal, que no se detuvo hablar, salió del despacho sin pronunciar palabras y se marchó a las caballerizas, sin más, indicó que le prepararan un caballo, tomó, subió a el y se marchó a todo galope...

Retornó al castillo sin mucha paz, pues no deseaba continuar sintiéndose así, cuando fue al despacho una vez más, se encontró con el señor Sam:

—Joven Roy, veo que está ayudando a James.

—Sí un poco, pero no deseo que se entere.

—¿Por qué no? sería prudente que se lo diga, así él se recuperaría más.

—Lo iré a visitar más tarde.

—Sí, sé que al principio se opondrá, pero después aceptará.

—Sam ¿Cómo trata James a Lady Beatriz?

—Bueno en verdad la dama posee una determinación férrea, creo que más que la del mismo James, juzgo que él no va a poder con ella.

—Eso espero...

El señor San salió del despacho, así que el Duque decidió ir hablar con la señorita Lirio, él era su tutor y necesitaba que le explicara su comportamiento de esa mañana, así que preguntó al mayordomo, este le informó que la dama estaba caminando por el jardín.

El Duque caminó por el jardín y no encontró a la señorita Lirio, así que continuó caminando, después de un tiempo, la vio sentada debajo de un árbol, ella no se percató de su presencia, hasta que él señaló:

—No es bueno que ande sola.

La señorita Lirio se sobre saltó y miró hacia arriba, el Duque sin más tomó asiento a su lado muy cerca de ella:

—No estoy lejos del castillo.

—Usted no conoce estas tierras.

—No, no las conozco, pero no hay peligro.

—Tal vez no lo haya o quizás mucho más de lo que se imagina.

—Mejor me marchó, usted está extraño.

Los dos se pusieron de pie, pero cuando la señorita Lirio se marchaba, el Duque la agarró por el codo y sin más preguntó:

—¿Desde cuando conoce a ese caballero?

—Suélteme, no se de quien habla.

—Del americano que usted hablaba como si fuera un...

—Suélteme, usted no tiene derecho a preguntarme por ningún caballero.

—Soy su tutor.

—¿No me diga? ¿Ahora es mi tutor?

El Duque la miraba con ira retenida, era la primera vez que la señorita Lirio lo veía de aquella manera, pues hasta en las fiestas mientras ella coqueteaba con los demás caballeros, él sonreía sícnicamente cuando ella lo veía, pero ahora él estaba in reconocido:

—¿Desde cuando conoce a ese caballero?

—Porque le interesa, esa es mi vida, pronto no necesitaré de su protección.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que escuchó...

El Duque la miró con intensidad y la soltó de un de repente, dejando a la señorita Lirio, sorprendida por su actuación.

Esa tarde después de recomponerse, el Duque subió a los aposentos de su amigo, lo encontró mirando hacia fuera perdido en sus cavilaciones:

—¿Quién será la dueña de esos pensamientos?

—Creí que se había marchado.

—Me hubiese gustado en este momento estar en Londres junto a jóvenes casaderas y sus madres, como crees James, siempre ha estado usted a mi lado, ahora es mi turno de estar a su lado.

—No estoy invalido Roy.

—No, no lo está, pero si maltratado.

—Puedo con mis responsabilidades.

—No hay duda de ello mi buen amigo, lo que estoy haciendo es tratando de educarme mejor en lo que me ha enseñado, por esa razón me estoy reuniendo con sus caballeros de confianza, para supervisar las cosas, no se preocupe, que cuando termine la semana, le voy a pasar un informen.

—Si es así, puede continuar ayudando a los administradores.

—Gracias amigo.

El joven Roy caminó hacia las dos grandes ventanas, desde ahí había una bella vista del jardín, el Duque suspiró para sí, su amigo lo contempló y le preguntó:

—¿Qué le ocurre Roy?

—No sé en verdad James, es que me siento extraño.

—¿Qué se siente extraño? Y que me deja usted a mí, que en un segundo estoy postrado en una cama sin poder hacer las cosas más simples, ahora es usted que se siente extraño.

El Duque sonrió con aquella forma ladeada, se aproximó a la cama de su amigo y tomó asiento en la silla cercana:

—Lo que ocurre James, es que hay una dama que desde hace un tiempo está en mi corazón, pero ella es muy reservada y un poco arisca cuando se trata de mi persona, cavilé que lo que sentía por ella era algo pasajero, tal vez, una simple atracción, pero esta mañana al escucharla hablar con un caballero que descendió de sus aposentos, sentí morir, deseaba romperle el rostro y borrarle el acento al caballero.

—¿El acento?

—Sí, pues es de origen americano...

Se formó el silencio, Roy distinguió que su amigo de pronto bajaba el rostro, así que él continuó:

—No sé qué hacer si declararle mis sentimientos a ella, pero hay un poco de temor hacer rechazado.

Su amigo de pronto levantó la vista y vio por primera vez en los ojos de James inseguridad al

preguntar:

—¿La dama es Lady Beatriz?

Roy entendió que su amigo James creía que la dama que él describía era Lady Beatriz, pero porqué esa mirada de incertidumbre, sería que su amigo le interesaba Bea, así que dijo:

—Usted sabe James que nada he ocultado a usted, desde que nos conocimos, se convirtió en un hermano mayor, pero el nombre de ella es tan sagrado y limpio que, si lo pronuncio junto a lo que siento por ella, creo que voy a ensuciar su dulce y tierno corazón.

El Duque miró fijamente a su amigo, pues él nunca caviló de que Roy sintiera algo por Lady Beatriz, ahora al escuchar de sus propios labios, él no sabía que hacer.

El joven Roy sonrió para sí, pues era la primera vez que veía varias emociones juntas en el rostro de su amigo James:

—Ella es tan buena, se entrega por completo a lo que cree, no sé qué haría si la perdería amigo, en verdad no sé qué hacer.

Se formó un silencio denso en la recámara, hasta que la puerta se abrió y entró Lady Beatriz con una bandeja, el joven Roy de inmediato se puso de pie y la ayudó a colocarla en la mesita.

Ella muy tranquila preguntó:

—¿Roy desea tomar el té con el Duque?

—No Bea, ya he terminado de hablar, creo que James necesita descansar.

Antes de marcharse, tomó la mano de Lady Beatriz y depositó un reverente beso en los dedos de la dama, ella le sonrió juguetonamente, al ver el gesto de su amigo:

—No se fatigue mucho Bea.

—Por favor Roy...

El Duque formó una media reverencia a su amigo, caminó a la puerta, pero antes de marcharse, miró con añoranza a Lady Beatriz, sabiendo que su amigo James lo observaba, y salió de los aposentos.

Lady Beatriz con toda naturalidad, continuó preparándole el té, en tanto el Duque observaba cada uno de sus movimientos:

—Aquí está su té.

Ella puso la bandeja próxima, antes de ponerle la taza en los labios al Duque, tomó un poco con la cuchara, él levantó una ceja como extrañado, ella le dijo:

—Compruebo que el té no esté demasiado caliente.

—No soy un bebé, puedo hablar si está muy caliente.

—Lo sé, pero es muy desagradable cuando está muy caliente y nos damos cuenta ya demasiado tarde.

Él no respondió, ella continuó doblando la taza para que él pudiera beber el contenido, después como si fuera su madre, le limpió la boca con la servilleta.

—¿Desea un pedazo de pastel?

—No gracias.

—Un poquitito nada más.

Sin esperar respuesta, le introdujo un poco con sus propios dedos, él se vio con el pastel en la boca y ella sintió sus labios en sus dedos, él no pudo hacer otra cosa, que comérselo, a continuación indicó:

—Eso no es de una dama comer con los dedos.

—Sabe mejor el pastel cuando lo comemos pellizcando pedazos.

—No lo creo, para eso están los utensilios de comida.

Ella sin más pellizcó otro poco y se lo metió a él en la boca, pero esta vez, ella se limpió sus dedos con sus labios:

—Verdad que está rico.

El Duque no contestó, sino que se quedó mirándola fijamente, ella sabía que estaba haciendo muy descarada, pero había visto a Camelia hacerlo a su hermano y él de inmediato besaba muy profundamente a su esposa, tanto que ella se marchaba del lugar.

—No haga eso.

Ella como una niña inocente preguntó:

—¿Qué no haga qué?

—Dar de comer a ningún caballero con sus manos y después lo que hizo.

—Pero eso lo hace Camelia todo el tiempo con Arthur.

—Camelia es la esposa de su hermano y usted...

—No tiene que finalizar la frase. —Indicó ella molesta.

Lady Beatriz tomó la bandeja de las piernas del Duque, después se marchó y esa noche no fue a darle la cena.

En la cena Lady Ann tuvo que dar las gracias a Dios por los alimentos, ya que el Duque de Bradford se excusó diciendo de que él aun no aprendía, así que la anciana dio gracias, pero después, hizo que él también lo hiciera:

—Usted aprenderá Roy, solo tiene que continuar haciéndolo.

—No crea que no deseo aprender.

—Pues tiene que practicar.

Lady Beatriz se dio cuenta que Lady Ann estaba al tanto de lo que sentían Roy y Lina, pues cuando ella comentó:

—Lina le puede enseñar, pues Camelia me enseñó a mí.

—Muy buena idea querida, Lirio da gracias de una forma tan linda, asimismo puede enseñarle a estudiar el Libro Sagrado.

Antes de que Lirio se opusiera o que el Duque se negara, ella indicó:

—Oh sí, también deseo que Lirio me enseñe, ya que me es muy difícil leer todos esos nombres.

—Pues ustedes los jóvenes deben aprender, pero esta anciana está para que se lo lean, así que no me uno a ustedes en esa tarea, aunque estoy convencida de que Lirio es muy buena.

Sin que la dama hablara o el Duque afirmara, se pautó de que al día siguiente en media mañana, se reunirían para estudiar el Libro Sagrado.

Esa noche Lady Ann se marchó más temprano que de costumbre a sus recámaras, pues aun sentía el cansancio, Lirio en cambio, estaba muy distante y Roy no poseía la alegría de siempre, así que en un momento dado Lady Beatriz indicó:

—Voy a buscar un libro a la biblioteca, por favor Roy haga compañía a Lirio hasta que retorne.

Sin ver a su amiga, salió a toda prisa al pasillo, y sin más se perdió, pues no sabía dónde estaba la biblioteca.

El Duque estaba muy intranquilo mirando por la ventana, la señorita Lirio estaba leyendo, pero en verdad estaba al tanto de los movimientos de él, cuando él se aproximó y tomó asiento en el diván donde ella estaba, la señorita Lirio sentía que flaqueaba:

—¿Qué lee?

—Es un cuento.

—Pues no ha cambiado la hoja.

Ella no respondió, así que el Duque se puso de pie, le tomó la mano y la señorita Lirio se puso de pie, como un autómatas, él sin más le quitó el libro de la mano y lo dejó caer en el diván, posteriormente le levantó la barbilla con sus manos:

—Cada vez que la tengo próximo a mí, estoy tentado hacer lo que hice la primera vez que la vi en el jardín, es como si sus labios me llamaran a gritos y los míos no poseyeran control ni dominio, sino que solo escucharan los suyos, pero le prometo que me voy a refrenar, pues si usted me dice que ese caballero es lo que desea no la molestaré e incluso atenderé a sus enseñanzas del Libro Sagrado con genuino deseo.

—Usted no comprende.

—¿Qué es lo que no comprendo Lirio?

—Usted es mi tutor, además necesito un caballero que me ame y no que solo desee mis besos, deseo lo mismo que tiene mi hermana con Arthur.

El Duque le soltó la barbilla, pero, aun así, ella continuó mirándolo, desafiándolo, la desilusión se apoderó de ella cuando él preguntó:

—¿Con ese caballero?

—Ahora la que no comprende es una servidora excelencia.

El Duque la soltó, caminó hacia la puerta y se giró antes de marcharse y le dijo:

—Que sea usted entonces feliz con él.

Cuando Lady Beatriz retornó, encontró a Lirio llorando, ella trató de consolarla, pero fue en vano, las damas ascendieron las escaleras, fue con ella a su recámara y estuvo a su lado hasta que se calmó, posteriormente se marchó a la de ella, pero antes de dormir deseaba mirar al Duque, así que pasó al salón de estar y abrió la puerta de su aposento, se aproximó, puso el candelero en la mesa de entrada y cuando se arrimó a su cama escuchó su voz:

—Al parecer que su deseo de cuidar a un enfermo se desvaneció con tan solo estas tres semanas.

—No se ha desvanecido, solo que le he dejado más espacio.

—Pues también al parecer Sam me ha dejado espacio.

—El señor Sam no lo vino a ver esta noche.

—No.

—¿Quién le dio de cenar?

—Mi maestresala.

Ella no dijo nada, pues en ese instante entraba Oscar el maestresala del Duque con una copa de alcohol.

—¿Para quién es eso Oscar?

—Para su excelencia Mi Lady.

—Pues el Duque no puede tomar alcohol, lléveselo y traiga un poco de leche.

El maestresala no preguntó nada a su señor, sino que salió rápidamente de los aposentos:

—Ahora es usted quien dice que debo o no hacer.

—Al parecer que sí, pues usted ha perdido el juicio.

—Déjeme en paz, váyase donde nunca más la pueda ver.

Ella no lo obedeció, sino que se aproximó a él y le arregló la almohada, él al sentir la proximidad de ella, deseaba tocarla, decirle que lo abrazara, que necesitaba que ella lo amara más que el amor que profesaba Roy por ella, ¡oh se estaba volviendo loco, estaba perdiendo el juicio!



—¿Quiere que le lea algo?

—No.

—¿Quiere que hablemos de algo?

Se formó el silencio, entonces ella dijo:

—Sabe antes de conocer a un amigo, me sentía sola, muchas veces rodeada de muchas persona más me sentía desolada, pero conocí a un amigo que cuando estoy sola o desolada se aproxima, me abraza con sus suaves brazos y me reconforta, me devuelve la alegría y las ganas de vivir.

Se hizo el silencio entonces el Duque dijo:

—Eso quiere decir que ha dejado su fascinación por mí.

Lady Beatriz no respondió, sino que continuó:

—Él es muy diferente a todos los hombres, pues su amor es tan puro y perfecto que me hace inmerecedora de ese amor.

—Porque usted no conoció sus pecados pasados.

—No, su excelencia, él no cometió pecado.

—Será usted tan ingenua, él es uno de los peores canallas que he conocido, ahora delante de usted es perfecto.

—No creo que estemos hablando de la misma persona su excelencia.

—Pues si cuando usted le interesa un caballero, lo ve de esa forma, creo que cuando se fijó en mi persona también lo hizo con una perspectiva errónea, pero ahora se le ha olvidado todo, pues otro ahora es dueño de esa fantasía que tiene usted en su cabeza.

—No su excelencia, cuando me fijé en usted sabía y sé que está lleno de pecados e imperfecciones, que sus debilidades la tapa con el manto de autoridad, que sus miedos los cubre con el manto de la suficiencia y que su amor lo cubre con indiferencia, aun sabiendo todo eso se adueñó usted de mi corazón, pero creo que entre más lo conozco más alejada de usted deseo estar.

—Claro, pues otro caballero llenó esa burbuja de ilusión que posee usted en esa cabeza afectada.

La puerta se abrió y el señor Osca entró con la leche, la puso en la mesa y comentó:

—Mi Lady retorno en un momento, es que se ha presentado un pequeño inconveniente.

—Si Oscar lo esperaré aquí...

El Duque esperó que el maestra saliera para decir:

—Ya estoy pintado, ahora es a usted que le piden permiso.

—Desde luego ya que usted se comporta como un niño egoísta e irracional.

—Ahora soy un niño, dentro de poco ¿Qué seré? Oh se me olvidó, ese caballero que usted conoció si es perfecto, dígame, le ha escrito cartas de amor, la ha llenado de flores, le ha prodigado besos.

—¡Ya vasta su excelencia!

—No me diga que no la han besado. Bueno creo que sí.

—Su egoísmo es tal, que por su mente retorcida no puede pasar nada bueno ni puro, de quien le hablo a su señoría es de Jesús, el hijo de Dios, ese que a pesar de ser santo y puro me amó, es él ahora que llena mi vida...

El Duque no sabía que responder, se había quedado sin palabras, él cavilaba que ella le hablaba de Roy y era de religión.

¡Por todos los clavos de su cama! ¡Que le pasaba!

Ella muy tranquila le dio el vaso de leche:

—No tomo leche de noche.

—Esta leche se la tomará.

Lady Beatriz sin más, aproximó el vaso a los labios, él muy obedientemente se la tomó, aunque después comentó:

—Usted me va a matar.

—Primero necesita un heredero.

—Me imagino que usted desea ser la madre.

Lady Beatriz de inmediato tomó el vaso, lo colocó en la bandeja y salió de los aposentos, ella respiró profundo en el salón de estar, pero debía volver, pues le había puesto un poco de láudano a la leche, ya que él necesitaba descansar y no lo estaba haciendo.

Retornó, caminó a la cama y escuchó la voz de él decir:

—Si usted fuera la madre de mi heredero, ese niño fuera afortunado.

—No deseo hablar de ese tema, su excelencia, es mejor que trate de dormir.

—No lo puedo hacer, me paso el día en esta cama y de noche no puedo conciliar el sueño.

—Pues déjeme ver le diré una historia:

—Ahora soy un niño otra vez.

—Deje de gruñir y escuche: Una vez una Reina deseaba enlazarse con un caballero que fuera digno de ella, muchos príncipes de diferentes naciones, le ofrecieron tesoros para ser su esposo, pero la Reina deseaba algo más, hasta que un caballero muy fuerte indicó:

—Le cultivaré todo el camino desde su castillo hasta el pueblo de rosas y solo lo haré para demostrarle mi amor—, el Duque a bostezó —, el caballero comenzó a sembrar las plantas de rosas, por todo el camino, pues el castillo estaba entre las montañas y el pueblo en el valle, cuando el caballero casi llega a las puertas del castillo se detuvo, para ser Rey solo faltaba unas tres plantas de rosas, pero el caballero sin más, montó su caballo y se marchó....

Ella se interrumpió, pues el Duque se había quedado dormido y el señor Osca ya había retornado:

—Oscar el Duque dormirá muy bien esta noche, así que descanse usted en ese diván.

—Usted cree mi Lady.

—Si señor Oscar, puede dormir a confianza, el dormirá toda la noche...

Y así fue, el Duque no despertó, hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

\*\*\*

Muy de mañana Lady Beatriz fue a la recámara del señor Sam, pues el señor Oscar le había dicho que la noche anterior, cuando el salió de los aposentos del Duque, fue porque el señor Sam se había caído en su recámara:

—Buenos días señor Sam.

—Oh Lady Beatriz.

—No se ponga de pie, usted debe también descansar.

—Es que debo ver a James, anoche me fue imposible ir a sus aposentos.

—Descanse la mañana, esta tarde podrá verlo, igualmente el galeno está con él.

—Gracias, en verdad hoy me siento cansado.

—Le pediré al galeno que pase por aquí.

—No es necesario, únicamente es vejes.

—Lo que sea, es bueno que lo vea el galeno.

—Está bien, pues si el Duque de Wessex la obedece a usted, quien es este anciano para reputar sus órdenes.

—Jajaja. Muy bien.

Un instante después Lady Beatriz entró en el aposento del Duque, el joven galeno se marchaba cuando ella le comentó:

—Señor Stornew puede usted pasar por la recámara del señor Sam, el señor Oscar lo escoltará.

—Desde luego Lady Beatriz Hopkins.

Cuando ellos salieron, el Duque preguntó:

—¿Qué tiene Sam?

—Buenos días su excelencia, durmió usted bien.

—Buenos días, si muy bien, ¿Qué le ocurre a Sam?

—Al parecer está exhausto, es un caballero de edad y estar al pendiente de usted lo ha agotado.

—Pero no está enfermo.

—No lo sé, necesita descansar, pero, aun así, estaba preocupado por usted.

—Ya veo...

Ella sin más tomó la bandeja y la colocó en las piernas de él:

—Creo que con su mano izquierda usted puede tomar los utensilios.

—Tan rápido se cansó de querer ayudarme.

—No, pero veo que ya le quitaron la venda de su mano izquierda y la mueve muy bien.

—Sí, pero no puedo comer con ella.

—Está bien.

Lady Beatriz tomó la cuchara y poco a poco le dio la papa, huevo y jugo, mientras trataba de no mirarlo mucho, ya que el rostro estaba volviendo a la normalidad, ya no estaba tan amoratado, ella sintió que él observaba cada uno de sus movimientos, eso la puso nerviosa.

—Desea que lo pongan en ese diván, próximo a las ventanas, allí podrá tomar un poco de sol.

—Es que me veo muy pálido.

—No es eso, es bueno que cambie de posición.

El Duque no expresó palabras, así que cuando los dos maestresalas llegaron, ella le indicó que pusieran al Duque allí, ellos sin más la obedecieron, Lady Beatriz buscó almohadas limpias y las colocó en su espalda, en todo ese tiempo el Duque no articuló palabras.

A la hora de reunirse con Roy y Lirio en la biblioteca Lady Beatriz indicó al Duque:

—Voy a estar en la biblioteca, si necesita algo de mí.

—No se vaya.

Lady Beatriz se quedó paralizada con esas palabras:

—Es decir, que puede usted leer aquí si desea.

—No voy a la biblioteca a leer, bueno en parte, allí me espera Roy...

En ese instante se abrió la puerta y era Lady Ann, la dama entró sin más miró al Duque y su asombro fue visible en su rostro:

—¡Pero joven está usted hecho golpes!

—Buenos días Lady Ann.

Dijo de inmediato Lady Beatriz, pues el Duque miraba a la recién llegada con antipatía:

—Oh querida, con razón no la veo, este caballero está lleno de golpes.

—Lady Ann, vamos a bajar es el tiempo de descansar del Duque.

—Bueno querida, en verdad, comparecí hablar con usted, pues me he enterado que usted desde que llegó al castillo se hospeda en los aposentos de la Duquesa y eso querida, ha ocasionado muchos comentarios entre la servidumbre y hasta una amiga que posee una residencia en esta área, me ha escrito preguntándome si conozco a la dama que es la Duquesa de Wessex.

—Eso no es cierto Lady Ann, me he quedado en esa recámara porque es más fácil para cuidar del Duque, además no fue idea mía.

—No importa de quien haya sido la idea querida, usted salió de Londres hace casi tres semanas en compañía de un Duque y sin carabinas, asimismo duró todo el tiempo de nuestro trayecto aquí, también sin carabina, ahora me entero que todo este tiempo se hospeda usted en la recámara de la Duquesa, creo mi querida Beatriz que su reputación va a quedar muy entre dicha.

—Lady Ann, usted sabe que viaje con Roy por las circunstancias.

—Querida ni que este caballero fuera su hermano.

Lady Beatriz se quedó de pronto callada, así que la anciana continuó:

—Mañana la señorita Lirio y una servidora nos marchamos a Londres, espero que usted se marche con nosotras.

—No me iré Lady Ann.

—¿Qué?

—No puedo dejar al Duque en estas circunstancias.

—Querida, pero él no es su hermano, es un caballero que ni familia cercana de usted es, su reputación quedará arruinada, si ya no lo está.

—No importa, además no tengo ambiciones de enlazarme.

El Duque que hasta ese momento estaba callado expresó:

—Porque no van a discutir sus asuntos a otro lado, no tengo nada que ver con sus problemas.

Las dos lo miraron asombradas, pero la que respondió fue Lady Ann:

—Joven veo que, aunque la desventura le ha arrollado su cuerpo, su carácter sigue intacto, espero que no pierda lo más preciado de su vida, para que después no se quede lamentando, y usted Lady Beatriz se marchará con nosotras mañana y si no lo hace es bajo su decisión, ya que no es una niña, tenemos que llegar a Londres pronto, esperando en Dios que las habladoras se calme, de lo contrario, usted misma excavó su tumba, querida.

La anciana sin más salió de los aposentos, mientras Lady Beatriz se había quedado sin palabras, hasta que escuchó al Duque decir:

—¿Tiene una cita amorosa con Roy en la biblioteca?

Lady Beatriz sin pensar le dio una cachetada que hizo que él gimiera por el dolor, esa mandíbula volvió a ponerse roja, ella sin más salió sin mirar atrás.

En la biblioteca, la señorita Lirio esperaba a Lady Beatriz, pero quien entró fue el galeno:

—Buenos días señorita Hill.

—Oh señor Stornew.

—Me informó el mayordomo que la encontraría aquí, así que le traje el libro que me pidió.

—Oh es usted muy amable.

—Ahora debo marcharme, pues me esperan.

—Muchas gracias por recordarse y espero volver a ver, pues mañana nos marchamos.

—Se marchan todas.

—Sí, nos retornamos a Londres.

—También Lady Beatriz Hopkins.

—Sí, ella también.

—Pues me le da mis respetos, pues creo que no me podré despedir de ella...

—Se le dará señor Stornew.

—Que tengan un tranquilo viaje.

Cuando el galeno salía de la biblioteca, se encontró con el Duque, este lo saludó, pero él no hizo caso al saludo y entró con ímpetu a la biblioteca.

La señorita Lirio estaba ojeando el libro, cuando vio a Roy de pie al frente de ella:

—Buenos días excelencia.

—¿Qué hacía él aquí?

—Únicamente me trajo este libro.

—Ja, me cree estúpido.

—Si no me va a creer para que pregunta.

—No deseo que ese caballero se le aproxime.

—No se preocupe pronto nos retornamos a Londres.

—¿Qué?

—Lo que escuchó, es que se está poniendo usted sordo.

—No quiero que usted se marche.

—Ahora quien lo entiende...

—Escúcheme Lirio, sé que soy su tutor, pero...

Se abrió una vez más la puerta de la biblioteca y entró Lady Ann:

—Oh que bueno que los encuentro, hablé con Lady Beatriz para que se marche con nosotras a Londres, pero ella reusa dejar solo a ese caballero egoísta, es que esa niña no sabe que ese joven es incapaz de amar a nadie, solo se ama así mismo.

—Lady Ann, Bea es muy generosa, ella lo que desea es ayudarlo.

—Oh sí, como este caballero desea cuidar también de usted como su pupila, es que creen que soy ingenua.

Diciendo esas palabras salió de la biblioteca, dejando a los dos solo mirando a la puerta...

—¿Qué me quería decir usted antes que entrara Lady Ann?

—Nada, creo que debemos dejar esto del estudio para otro día.

—Como usted considere.

Lady Beatriz fue a visitar a Sam, pues le intrigaba su salud, ahora más que debía marcharse, pues Lady Ann poseía toda la razón:

—Buenas tardes Sam.

—Lady Beatriz, no debe molestarse por mí.

—No es molestia, solamente deseaba saber cómo sigue.

—El joven galeno dice que necesito descansar, solo eso.

—Pues debe hacerlo, esta mañana le quitaron las vendas de la mano izquierda al Duque y el galeno le comentó que le quitaría la de la otra mano en dos días, así que podrá comer por él mismo.

—Eso está muy bien.

—Señor Sam lo que vine a decirle es que mañana me marchó a Londres.

—Oh se marcha usted Mi Lady.

—Si Sam, como verá ya he pasado tres semanas y más en compañía del Duque y ya comienzan a ver rumores.

—Si ya me imaginaba, las personas son muy lentas para ayudar a los demás, pero cuando se trata de perjudicarlos por los labios son muy prestos.

—Así es, asimismo ya pronto él no necesitará de nadie.

—No lo creo Lady Beatriz, James la necesita a usted más de lo que él cree y no desea admitir.

—En verdad señor Sam no espero nada de él.

—¿Y si él se lo pidiera?

—No lo hará.

—Pero si lo hace.

—No podría negarme, no creo poseer las fuerzas de negarle nada que él me pida.

—Lo sé, desde que la vi entrar en los aposentos de él.

Ella le sonrió con amargura, después expresó:

—Debo empacar mis cosas, así que le dejo.

—Lady Beatriz me haría el favor de esta noche cuidar de James, es que Oscar está muy exhausto y Allan amaneció con calentura.

—No se preocupe usted, esta noche cuidaré del Duque.

—Gracias.

Esa tarde el Duque estaba impaciente, nada estaba saliendo como acostumbraba a que ocurriera, primero Sam no estaba bien, y ahora ella se marchaba, tal vez Roy la había persuadido de dejarlo.

En ese preciso momento, escuchó la voz de su amigo:

—Oh James estas mejor.

—Un poco Roy.

—Pues en ese diván está como si nada le hubiese pasado.

—No se burle.

—Hablando de pasar que le ocurrió en su mandíbula.

—Nada...

—Pues la tiene roja e hinchada.

—Ya la siento.

El Duque miró a su amigo y le comentó:

—Lady Ann desea que Bea se marche con ella a Londres.

—Sí ya escuché su parloteo.

—¿Usted no hará nada?

—¿No entiendo su pregunta Roy?

—Pues la dejará marchar así, es probable que su reputación este arruinada.

—Roy que desea que haga, usted mismo me habló de sus sentimientos por ella, si tanto la quiere enlácese con ella, para evitar que su reputación se manche.

—James que dice usted.

—Lo que escuchó.

—James siempre cavilé que el apodo del Duque implacable no le caía muy bien, pero escúchese, analice sus palabras, nunca a usted le he hablado de Bea, ella para mí es como una hermana, de quien le hablaba era de la señorita Lirio, Bea dejó todo en Londres desde que supo de su estado, no le importó su reputación o nada, solo usted y usted le paga expresándose de ese modo, no lo creí capaz, pero como desea librarse tan tranquilamente de ella, en verdad que su apodo le hace justicia...

El Duque de Bradford salió de los aposentos Ducales, sin mirar atrás, pues, aunque le dolía era la única forma de que él recapacitara, pues ella era el único salvavidas que poseía su amigo de sí mismo.

El Duque estaba volviéndose loco sin poder moverse, sentado allí, ahora las cosas se estaban saliendo de control, Roy no amaba a Beatriz, sino a su pupila y él martirizándose todos esos días, cavilando en el amor de su amigo por ella, ahora que podía hacer.

—Buenas tardes James.

—¿Sam?

—El mismo.

—Que haces aquí, debe descansar.

—Lo haré James, pero era preciso de que le hablara.

—Oh no Sam, por primera vez en mi vida no puedo escuchar más, no sé qué hacer.

—Es por ella.

El Duque lo miró y el anciano tomó asiento en el otro mueble.

—Sí.

—Es muy fácil James, solo pídaselo.

—¿Pedirle qué?

—Que no se vaya, que se quede a su lado.

—Pero si ella se queda su reputación.

—Cuando una Lady es una Duquesa nadie se atrevería hablar y mucho menos la Duquesa de Wessex.

—Sam, pero ella no se quedará.

—Pídaselo y averígüelo por usted mismo.

—¿Y si ella me rechaza?

—Creo que es la primera vez que usted no está seguro de cómo saldrán las cosas, eso es bueno James, pero esa respuesta solo usted la sabrá cuando se lo pregunte a ella.

—Sam y si ella no viene a verme.

—Ella vendrá, eso se lo aseguro.

El Señor Sam se puso de pie, dejando al Duque con la mirada inquieta. El anciano así, más en silencio pidió a Dios que si era su voluntad que permitiera que Lady Beatriz se quedara con el Duque y que eso aprobara que él fuera más humano, pues sería la primera vez que él pedía algo...

## Capítulo III

Lady Ann, al saber que Lady Beatriz no cenaba con ellas dijo a Lirio:

—Quiera Dios que esa muchacha sepa jugar bien sus cartas.

—¿Cómo así Lady Ann?

—Bueno querida, Lady Beatriz esta perdidamente enamorada de ese Duque.

—¡Oh no! Usted se equivoca.

—Oh desde luego, como me equivoco que usted ama al otro.

Se formó el silencio, y la anciana continuó:

—A ella le conviene quedarse, pero a usted marcharse conmigo, a menos que cambien los planes de un momento a otro.

—Pero Lady Ann, no podemos dejar a Bea aquí sola.

—No, pero si ella decide quedarse, esa sería su decisión, además ella es una dama de edad suficiente para tomar sus disposiciones.

La señorita Lirio se quedó silenciosa, ya que nunca caviló que Beatriz le agradara el Duque de Wessex, además entre ellos nunca hubo un acercamiento, ella se sorprendió al saber de la decisión alocada de su amiga, de desear cuidar a ese caballero sin emociones.

\*\*\*

Lady Beatriz se sentía extraña, le había dado la cena al Duque, este estaba muy callado, más que nunca, estaba recostado en su cama, pero no le había dirigido la palabra en toda la noche, ella ya se sentía incomoda, tal vez él estaba al tanto de su partida y no deseaba hablarle, para que ella se marchara con más desilusión en su corazón, así que, caminó al ventanal y miró hacia fuera, cuando era la hora de darle la medicina, se aproximó, la vertió en la cuchara y él abrió la boca, pero un poco se le cayó en el cuello, ella de inmediato buscó la servilleta y se la pasaba, cuando de pronto sintió que él agarraba su mano, ella cavilo que la iba a llamar inepta o algo más, pero él susurró:

—No se vaya...

Ella levantó el rostro y lo miró, sus ojos denotaban súplica y volvió a decirle:

—No se vaya.

Lady Beatriz lo miró fijamente, ella estaba tan próximo a él que, con solo un ademán, él entendería, pero que significaba esas dos palabras, fue cuando escuchó:

—No me deje.

Y sin más la atrajo con su mano izquierda a él, el rostro de ellos estaba tan juntos que ella miraba como él bajaba la vista a sus labios y la su vía a sus ojos, pero no la besó, tomó la mano que ella estaba limpiándole el cuello y le dio un beso largo, después esperó su respuesta, ella temblorosa dijo:

—Si me quedara, hablarán muchas cosas inciertas.

—Pues creo que la recámara de la Duquesa, la usará la Duquesa.



—¿Qué?

—Lady Beatriz no soy un caballero de sentimientos, me considero pragmático, la necesito y si usted se queda entonces su reputación estaría por los suelos, creo que podré arreglar todo para que pasado mañana usted se convierta en mi Duquesa, así no habrá problema.

—¿Pero y después?

El Duque con cansancio puso su cabeza una vez más en la almohada y miró al techo, cuando dijo:

—Estoy cansado de pensar más en el futuro que en el presente, solo dejemos que venga.

—Está bien.

El Duque se incorporó y volvió a mirarla.

—¿Eso es un sí?

—Sí...

Al escuchar la respuesta de ella, volvió la compostura habitual de él, pues ya la tensión del momento había pasado, recostó la cabeza una vez más hacia atrás y sin más explicó:

—Enviaré a Oscar mañana por la licencia y el párroco del pueblo nos enlazará pasado mañana, de esa forma, usted no tendrá problema.

Ella de inmediato vio el cambio producido en él, ahora era una vez más metódico y las emociones se habían disipado de su rostro, como cuando pasa una tormenta, pero al día siguiente sale el sol como si nada hubiese ocurrido.

Lady Beatriz de inmediato se separó de él, buscó la leche, vertió el poco de láudano y la movió con la cucharita, esa noche hasta ella necesitaba láudano:

—No deseo más leche.

—Solo por esta noche, mañana le prometo no darle.

—Está bien, pero puedo tomarla con mi mano izquierda.

—Como guste.

Él tomó la leche, se acomodó y no volvió hablarle, hasta que ella comprendió que se había quedado dormido.

Lady Beatriz salió al pasillo, deseaba hablar con alguien, pues se sentía que se iba ahogar, así que caminó a la recámara de la señorita Lirio, esta se sorprendió al verla:

—Bea está usted aun despierta.

—Lirio necesito hablarle.

—Pase, pero está usted muy pálida.

La joven buscó un vaso de agua y se lo dio a su amiga, posteriormente esperó que ella se recompusiera, pues, aunque no lloraba a raudales, unas cuantas lágrimas brotaban de sus ojos.

—Bea ¿Qué le ocurre?

—Oh Lirio, le dije a James que me enlazaría con él.

—¿Qué? ¿Cuándo pasó eso? ¿El Duque se lo pidió?

—Bueno, no fue una propuesta romántica, como siempre soñé, pero sí, me dijo que nos enlazaremos.

—Si usted no desea eso, nos podemos marchar mañana.

—Es que, si lo deseo Lirio, pero no así.

—¿No la entiendo?

—Desde mi presentación en sociedad, cuando lo vi por primera vez, me enamoré de él.

—¿Del Duque de Wessex?

—Sí.

—¡Oh!

—Solo Camelia sabía mi secreto y desde luego que él también.

—¿Qué? ¿El Duque?

—Sí, pero nunca me hizo caso, hasta que en la fiesta de navidad en la mansión de mi hermano, él me besó, pero después, se alejó de forma tal que creí tener la peste.

—Ahora entiendo porque usted al escuchar de su accidente, corrió a su lado sin medir consecuencias.

—Sí, pero ahora él me necesita, y la única forma de conseguirlo es enlazándose conmigo.

—Bea el Duque no la necesita, él tiene muchos caballeros a sus servicios, además en este castillo hay más de cincuenta y tantos empleados, asimismo, está el anciano amable que lo cuida.

—Lirio es que él no confía en ninguno de ellos, además no desea que lo vean así, James es muy orgulloso y creo que es la primera vez que pide o suplica algo.

—Disculpe Bea, pero lo que es en verdad, ese Duque, es un caballero egoísta, prefiere atraparla a usted en sus redes, para que la servidumbre no lo vea como está, usted es muy ingenua si cae en ese juego.

—Lirio es que lo amo...

—Siempre escucho las mismas palabras, es que lo amo, pasan muchas cosas y las damas siguen diciendo, es que lo amo, recapacítelo bien Bea, después no tendrá marcha atrás, es verdad va a ser una Duquesa, pero el Duque es el implacable.

—Todo eso lo sé Lirio, pero no poseo fuerzas para decirle que no.

—Hoy no la tendrá, pero después que sufra la tendrá de sobra, pero ya estará de por medio el sufrimiento.

—¿Qué hago Lirio?

—Hágale esa pregunta a Dios, él de verdad conoce el futuro y sus respuestas son fehacientes.

—Está bien.

Lady Beatriz salía cuando la señorita Lirio le dijo:

—Bea sea cual sea su decisión, cuente conmigo.

—Gracias Lirio.

—Buenas noches Bea.

—Buenas noches.

Esa noche Lady Beatriz fue de rodillas a Dios, puso sus temores en sus manos, pero en ese momento, sintió de que Dios se quedaba callado:

—¿Por qué no siento su presencia? ¿Por qué se queda callado en esto que es muy importante para mí?

La dama no tuvo respuestas y en vez de tranquilizar su corazón sintió que más temores se unían a los de antes, así que ya al amanecer, se quedó dormida.

Lady Beatriz esa mañana no fue a ver al Duque, sino que se unió a la mesa con Lirio y Lady Ann, esta última le indicó:

—Querida ya está preparada para partir.

—No Lady Ann, he decidido quedarme.

—Ya sabe querida que si lo hace estará deshonrada.

—Sí, pero el Duque va a resolverlo.

—¿Cómo resolverá un caballero como él eso?

—Nos enlazaremos.

—¿Qué se enlazará con usted?

—Sí.

—Pues si habría nupcias deberíamos esperar, ¿No cree usted Lirio?

La joven miraba sorprendida a la anciana, asintió con la cabeza, en aquel momento ella concluyó:

—Pues pospondremos unos días el viaje, no quiero que digan que usted se enlazó sin familia, verdad que no querida.

—Es una muy buena idea Lady Ann.

Expresó la señorita Lirio, caminando hacia su amiga y dándole un abrazo y diciéndole:

—Tiene más tiempo para pensarlo Bea.

Ella le sonrió, pero no contestó.

A media mañana entró a los aposentos del Duque, lo escuchó desde el salón de estar, decir:

—¿Es que no puede hacerlo bien?

—Es que me es difícil.

—No diga que es difícil, nada puede ser dificultoso para usted, pues para eso le pago...

El señor Sam se aproximó a ella y le susurró:

—Hoy está muy iracundo.

—Ya lo escuchó.

—Será porque usted no lo ha venido a ver.

—No lo creo señor Sam.

—Pues hay pequeñas cosas y gestos que el hombre prontamente se acostumbra y cuando no lo recibe lo echa de menos.

—No creo que el Duque eche de menos nada de mí.

—Pues a mi entender, usted se equivoca Lady Beatriz, vamos a saber si es verdad, si cuando la vea a usted se queda callado y de repente enmudece, usted es el porqué de su ira, si él continúa iracundo entonces me disculparé con usted.

—Está bien señor Sam.

Lady Beatriz entró al aposento, el Duque al verla, de inmediato se quedó en silencio, su maestra la estaba tratando de vendarle el brazo, ella le dijo:

—Señor Oscar, déjelo, lo haré.

El caballero de inmediato se puso a un lado, ella tomó asiento en la cama y como había visto al galeno, comenzó a pasar la venda por el antebrazo, después por el hombro y por último por el dorso desnudo, ella se sentía nerviosa al rodearlo, mientras el Duque se quedaba inmóvil y mantenía los ojos cerrados, al finalizar ella, preguntó:

—¿Desea que lo muevan al diván su excelencia?

El Duque asintió, así que uno de sus maestresalas le colocó la bata y los dos caballeros colocaron al Duque en el diván, ella muy tranquilamente buscó las almohadas y se las arregló en la espalda, en aquel tiempo él comentó:

—Roy y mis caballeros se marcharon temprano a traer el prelado.

—¿Para qué necesita usted un prelado?

—Un arzobispo es que auspicia las nupcias, no es así...

—Oh, entiendo.

Ella bajo el rostro, pues se sonrojó, mientras el señor Sam entraba en el aposento y decía:

—James el galeno está aquí.

—No lo necesito Sam, ya Lady Beatriz Hopkins me colocó el vendaje.

—Pues, como quiera debe usted verlo.

—Es que no me escuchas, Sam...

—No, ya soy muy viejo para escuchar sus berrinches, voy por el caballero que está en el pasillo.

Poco después entro el señor Sam con el joven galeno, este al ver a Lady Beatriz el rostro de pronto se le iluminó, y una sonrisa asomó a sus labios, pero se desvaneció al escuchar:

—¿Qué hace usted aquí?

—Comparecí a quitarle el vendaje.

—Se supone que es en un día más.

—Sí, pero deseo estar seguro de que todo este correcto.

El Duque sin más se incorporó un poco, el joven galeno comentó:

—Si desea puede salir Lady Beatriz.

—Ella se queda, además usted debe llamar a la dama por su nombre completo.

—Sí, su excelencia.

Lady Beatriz se sentía incómoda, pues una cosa era cambiarle el vendaje por necesidad y otra era mirar cómo le quitaban el vendaje y que el Duque en todo el tiempo no le quitara la vista de encima, al finalizar el galeno indicó:

—¿Puede mover la mano?

—Un poco.

—¿Puede mover el brazo?

El Duque trató, lo hizo, pero le dolía un poco.

—Le daré una untura, para que se la pongan en las coyunturas y se las masajeen, creo que no tendré que vendarlo de nuevo, lo que debe es tratar de no mover mucho su hombro.

El Duque no respondió, continuó mirando a Lady Beatriz de una manera extraña, el galeno, puso el unguento en la mesa próxima a la cama y comentó:

—Volveré después.

Diciendo eso, tomó su maletín y comenzó a cerrarlo, pero después miró a Lady Beatriz y le preguntó:

—¿Se marcha usted hoy?

Ella muy tranquila comentó:

—No, no me marchó.

El joven sin más sonrió como cuando le entregan un obsequio muy deseado, pero el Duque indicó:

—Puede marcharse...

El galeno formó una reverencia y salió, mientras Lady Beatriz se ponía de pie para acompañarlo, pero el Duque le indicó:

—¡Deseo agua!

Ella sin más comentó:

—Señor Allan, agua para el Duque.

Lady Beatriz siguió al galeno hacia fuera, pero al salir en vez de seguir al caballero, ella se marchó a sus aposentos, pues deseaba buscar el Libro Sagrado para leer mientras estaba con el Duque. Cuando retornó el Duque decía al maestresala:

—Es que no sabes, me gusta con limón, son todos unos ineptos, nada hacen bien, nada...

Ella sin más tomó asiento en el otro diván, él al verla se quedó una vez más callado, después de un instante él inquirió:

—¿Le agrada ese galeno?

—¿Qué?

—Lo que escuchó, ese caballero se queda estúpido desde que la ve...

Ella se hizo la inocente y respondió:

—No me he fijado, tal vez le recuerde algún familiar.

—Familiar y un pepino, ese caballero la ve como otra cosa que una familia.

—No me he fijado, tal vez mañana lo haga.

—No lo haga, solo márchese cuando el aparezca.

Lady Beatriz sonrió para sí y abrió el Libro Sagrado, después de un instante observándola el Duque preguntó:

—¿Qué lee?

—Una historia.

—¿De qué se trata?

—Bueno, es la de un caballero ¿Quiere que se la lea?

—Si la termina.

—Jajajaja. Si la terminaré.

Ella sonrió y unos hoyuelos se le formaron en su mentón, él de repente se quedó extasiado disfrutando de su belleza, entonces ella comenzó:

—Lucas 12:13-28 Uno de la multitud le dijo: Maestro, dile a mi hermano que divida la herencia conmigo. pero Él le dijo: ¡Hombre! ¿Quién me ha puesto por juez o árbitro sobre vosotros? y les dijo: Estad atentos y guardaos de toda forma de avaricia; porque aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes. también les refirió una parábola, diciendo: La tierra de cierto hombre rico había producido mucho. y pensaba dentro de sí, diciendo: "¿Qué haré, ya que no tengo dónde almacenar mis cosechas?" Entonces dijo: "Esto haré: derribaré mis graneros y edificaré otros más grandes, y allí almacenaré todo mi grano y mis bienes. "Y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes depositados para muchos años; descansa, come, bebe, diviértete." Pero Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche te reclaman el alma; y ahora, ¿para quién será lo que has provisto?" Así es el que acumula tesoro para sí, y no es rico para con Dios. y dijo a sus discípulos: Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que la ropa. considerad los cuervos, que ni siembran ni siegan; no tienen bodega ni granero, y, sin embargo, Dios los alimenta; ¡cuánto más valéis vosotros que las aves! ¿Y quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida? si vosotros, pues, no podéis hacer algo tan pequeño, ¿por qué os preocupáis por lo demás? considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos. y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¡cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe!

Ella hizo una pausa y vio como el Duque miraba de forma incierta hacia un lado, ella no deseaba continuar, pero tampoco podía explicarle lo que le leía, él sin más dijo:

—¿Eso es religión?

Fue el señor Sam que le respondió:

—Es religión si desea evadir para no escuchar, aunque ese Libro lo que contiene es vida, vida eterna.

—¿Vida eterna?

—Si James, una vida que no termina cuando el carruaje de la muerte llegue para dividir el

alma del cuerpo, sino que ese Libro nos muestra el camino para poder continuar viviendo por toda una eternidad.

—Si eso es lo que enseña ¿Por qué el caballero que hizo muchos bienes le pidieron el alma y le llaman necio?

—Muy sencillo, porque malgastó su tiempo en hacer dinero y después en consumirlo, más sin embargo, no se acordó de su creador, ese es un mal de nosotros que nos obsesionamos por las cosas que nos rodean, bienes, riquezas, moradas, ropa y demás, y quitamos la vista de lo que realmente importa en la vida.

—¿Según usted Sam que es lo que más importa en la vida?

—No según este viejo James, según lo que dice la palabra de Dios, ese Libro que es sagrado, pues si lo dijera este viejo carecería de importancia, más sin embargo Jesús dice: (Mateo 16:26) “...Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”

El Duque miró al anciano sin ninguna emoción y preguntó:

—Según su Libro ¿Qué es lo que debo buscar?

—Algo que es muy sencillo dice en (Mateo 6:33) “...Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas...”

—Algo así esperaba escuchar, pues usted y sus palabras religiosas no terminan.

Fue en ese instante que Lady Beatriz comentó con voz firme:

—Las personas en especial los cabezas de familia tratan de acumular riquezas, para que sus herederos no les falte nada, mi padre no tuvo tiempo para nosotros, pues decía que debía obtener muchos bienes, pero al final que se llevan, mi padre no se llevó nada....

—Así es Lady Beatriz, porque nada hemos traído a este mundo, y nada podremos sacar.

—Lo que ustedes me quieren decir, ¿Que es malo poseer fortuna?

—Oh no James, solo que cuando nos esforzamos por las cosas materiales, uno tiende a pensar solamente en uno mismo y pierde de vista a los demás.

—Porque cada quien tiene que esforzarse por conseguir lo suyo —. Indicó el Duque con arrogancia.

—No lo creo su excelencia, usted o mi hermano y sus amigos no se esforzaron para obtener un título y fortuna, se lo entregaron solo por nacer en una familia, ser caballeros y primogénitos.

—Pues sí, aunque usted Lady Beatriz Hopkins no sabe la responsabilidad que llevamos.

Fue el señor Sam quien explicó:

—Estoy de acuerdo con usted James, usted y los demás nobles poseen responsabilidad y así como la tienen en cuanto a su título y fortuna, poseen otra responsabilidad, más para donde irá su alma cuando el carruaje de la muerte toque a su puerta, puede que usted y todos los demás estén buscando desesperadamente el rastro a la felicidad, por lo que poseen, pero recuerde, muchos se han equivocado de camino, entienda esto, que el alma jamás se saciará con cosas.

Esta vez el Duque se quedó callado y el señor Sam prosiguió:

—El caballero sin más, dijo en esa historia: diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate...” Más que ocurrió su excelencia “...Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?”

El anciano respiró profundo antes de continuar:

—Así de sencillo es, el carruaje de la muerte puede llegar en cualquier momento. Lo que tiene

que hacer debe hacerlo hoy, ya que el caballero rico, creyó que le quedaban muchos años de vida, más no le quedaba un día completo. La muerte llega inesperadamente y debemos estar preparados para recibirla, Mateo 16:26) "...Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? Según este texto el alma es lo más valioso que usted y yo tenemos. Si nuestra alma está perdida, todo está perdido James...

Se formó el silencio, mientras el Duque meditaba, el señor Sam indicó:

—Que Dios nos ayude a no cometer los mismos errores que este caballero de negocios. (2 Corintios 6:2) "...Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, Y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación..."

—Así que su excelencia no es de religión que habla ese Libro, sino de salvación.

Lady Beatriz colocó el Libro Sagrado en la mesita y salió de los aposentos Ducales, dejando al caballero mirando de reojos el Libro Negro...

Al día siguiente, muy de mañana, apareció el Duque de Bradford acompañado por un clérigo, toda la servidumbre comenzó a especular sobre la salud del Duque de Wessex, muchos rumores se habían suscitado, ya para la hora de la comida, pues su excelencia no había permitido que ninguna de las servidumbres, con excepción de sus maestresalas y el señor Sam, entraran en sus aposentos.

Dos de las doncellas que advirtieron al clericó entrar, hablaban entre sí:

—Tal vez ya palmó.

—Oh no, esta aún vivo, pero de seguro que desea aclarar su cuenta con Dios.

—Tan joven y fuerte.

—Quién lo diría que un caballo le hiciera eso.

—¿Qué será del castillo?

—No lo sé, pero debo buscar otro trabajo, hablaré con una amiga en la residencia campestre de Lady Stuart.

—Esa familia no paga bien.

—Es mejor tener techo y comida fija, que no saber cuándo despidan a una.

—Eso es verdad.

El clericó entró a los aposentos Ducales, este solo hacia mirar la majestuosidad y elegancia del lugar, después le hicieron pasar, al ver el caballero al Duque se sorprendió, pues el caballero poseía aún el rostro un poco maltratado, este formó una reverencia y le extendió el anillo para que su excelencia lo besara, pero el caballero solo hizo el ademán, más no lo besó:

—Buenos días su excelencia.

—Buenos días.

El Duque le indicó que tomara asiento próximo a la cama, pues prefirió recibir al clericó en la cama.

—Me informó el Duque de Bradford de su estado, además de que desea una licencia especial para contraer nupcias.

—Así es.

—Pues, antes de darle el documento deseaba ver como estaba, ya que su padre fue un fiel y devoto feligrés, así mismo, nos ayudaba mucho en cuanto a las dadas para los más necesitados.

—No se preocupe, mi caballero de confianza le entregará una suma adecuada por la licencia.

—Oh de ninguna manera, su excelencia, la licencia se la otorgo con mil deseos y alegría, además si es apresurada las nupcias, podía auspiciarla, aunque me temo que sería hoy, pues mañana marchó a Londres donde todos los obispos, pontífices y cardenales nos reuniremos.

—No será necesario, solo deseo la licencia, pues las nupcias serán en los días próximos.

—Entiendo, en ese caso voy a redactar el documento, después reanudaré mi viaje.

—Mi despacho está disponible para que redacte el documento, así mismo el Duque de Bradford le entregará mi contribución para los pobres.

—Una sola cosa su excelencia ¿Cuál es el nombre de la dama?

—Como usted entenderá, aun no me decido, pero lo que sé es que he de contraer nupcias, así que puede usted dejar los nombres y la fecha en blanco, que mi caballero de confianza se encargará de llenarlo.

—Pues eso si es difícil de hacer, pues las letras serán distintas.

—Creo que una contribución más a la iglesia hará que no sea mucho la diferencia de letras.

—Creo que no.

—Me lo imaginaba, y para estar más tranquilos, deje dos documentos.

—¿Dos licencias su excelencia?

—Sí, dos, creo que, si son dos, el apoyo a la iglesia será doble.

—No se hable más, su excelencia, me dirigiré a redactarle los documentos.

—Lo puede usted entregar al Duque de Bradford, que tenga usted un buen viaje.

El obispo se sintió extraño, pues el Duque de esa forma le decía que no lo deseaba volver a ver, el caballero salió de los aposentos Ducales y en menos de media hora, había entregado los documentos al Duque de Bradford y este le entregó una considerable suma, enseguida el clérigo se marchó del castillo.

El Duque estaba en el diván, cuando su amigo entró con los documentos:

—Buenas tardes James.

—Buenas tardes Roy, ¿Ya se marchó el eclesiástico?

—Sí, creo que lo hizo muy feliz por la contribución a los pobres.

—¿Le entregó los documentos?

—Sí, aunque no entiendo muy bien ¿Por qué dos licencias?

El Duque miró hacia la ventana, con su forma habitual dijo:

—Por si necesitas una...

El Duque de Bradford se quedó pasmado al escuchar aquellas palabras, pues su amigo se comportaba como si un enlace fuera un negocio:

—James las cosas no son tan fáciles como la vez.

—Solo tiene que pedirselo, que dama en su sano juicio no desearía ser Duquesa, creía que tal vez Lady Beatriz era diferente, pero no, unas simples palabras y aceptó.

El Duque de Bradford miró hacia la puerta y allí estaba Lady Beatriz escuchando las palabras de su amigo, ella le hizo una negación con la cabeza, para que él no delatara su presencia, mientras el Duque de Wessex continuaba:

—Todas las damas son iguales Roy, en estos momentos necesito una que me cuide, así que cambio mi título y obtengo una dama que me cuidará por siempre.

—James, pero se ha puesto usted a cavilar en Arthur.

—Arthur estará feliz de que su hermanita sea la Duquesa.

—No me refiero a título James, me refiero a felicidad.

—Roy no sé qué es eso, soy feliz con lo que poseo, además ella por el simple hecho de estar a mi lado, será feliz.

—¿Cree usted eso?

—Desde luego, las damas la envidiarán, ella será la Duquesa de Wessex, tendrá joyas y



muchos bienes.

—Pero no lo tendrá a usted James.

—Nadie es dueño de nadie Roy, ella estará bien con todo esto, además, me tendrá hasta que me recupere.

—¿Y después?

—Continuaré con mi vida, usted sabe que no me caracterizo por dejarme llevar por lo emocional, ella será feliz aquí, le construiré un taller amplio y todo lo que desee, mientras me instalaré en Londres.

—Veo que ya tiene todo planeado.

—Hay que hacerlo mi buen amigo, siempre se lo he dicho, la vida hay que planearla.

En ese instante el Duque de Bradford vio alejarse de la puerta a Lady Beatriz, él reaccionó a tiempo e indicó:

—Aquí tiene las licencias.

—Una es tuya.

—Ésta bien, tomaré una, ya que no posee nombres ni fechas me será útil.

—Pues nada Roy pronto dejaremos de ser caballeros solteros.

—Así parece James, así parece.

Lady Beatriz caminó resuelta a la recámara de Lady Ann Blissington:

—Oh querida creí que ya ha esta hora usted era la Duquesa de Wessex.

—De eso es que deseo hablarle Lady Ann.

—Diga usted querida, soy todo oídos.

—Lady Ann, para usted no es un secreto lo que siento por el Duque de Wessex, así mismo lo que el caballero siente por mí, así que creo que sería más prudente de mi parte, si nos marchamos a Londres.

—¡Alabado sea Dios! ¡Qué bueno que recapacitó!

—Así es, ahora si me disculpa deseo hablar con alguien antes de marcharnos.

—Muy bien, como usted desee, nos marcharemos mañana.

Lady Beatriz envió a su doncella a terminar de poner sus cosas en el baúl, después se encontró con el señor Sam en el salón de recibidor del Duque.

—Señor Sam, venía a despedirme.

—¿Se marcha usted?

—Sí, entendí que tal vez si poseo las fuerzas para decirle un no al Duque de Wessex.

—Sabe Lady Beatriz esa es una buena decisión, ya que en mi afán por ver cuidado y feliz a James, me volví egoísta, como él, sin más me olvidé de usted.

—Usted creyó que estaba haciendo lo correcto

—No lo creo, estaba siendo egoísta, y deseo Lady Beatriz que usted también sea feliz, así que espero que le vaya bien.

—Gracias señor Sam.

—Se despedirá usted de él.

—No lo sé, tal vez no me perdone nunca por dejarlo.

—En ese caso hágalo, pues es probable que nunca vuelva a ver a James.

—Sí lo sé.

Lady Beatriz respiró profundo y entró al aposento del Duque, mientras lo hacia él dijo:

—Creí que no vendría usted hoy.

Ella descubrió que él percibió su presencia, aunque estaba de espaldas a la puerta de entrada.

—Veo que usted me reconoce.

—Su fragancia a Jazmín es inconfundible.

—Ha, entiendo.

Lady Beatriz tomó asiento en la butaca del lado del diván, el Duque le explicó:

—Poseo la licencia especial, así que cuando desee podemos celebrar las nupcias.

Lady Beatriz se frotó las manos y sin más señaló:

—Recuerda la historia que no terminé, de la Reina que buscaba un esposo.

—Sí usted se quedó en que el caballero montó su caballo y se marchó, cuando solo le faltaba poco, al parecer que no poseía decisión.

—No su excelencia, por eso fue que el caballero tomó esa decisión, ya que era lo que más poseía, pues se dio cuenta que la Reina no lo quería, lo observó trabajar todos esos días sin descanso, como sus manos se encallaron y llenaron de ampollas, más ella no hizo nada, dejó que él se sacrificara por ella, en cambio ni siquiera aminoró el dolor y el sufrimiento del caballero, pues ella poseía todo el poder de enviarle sirviente con para sol para cubrirlo, o de la lluvia, lo más simple que podía decir es ya es suficiente con las flores plantadas, pero su egoísmo y vanidad no permitieron que ella viera el dolor del caballero. Cuando el entendió que la Reina era tan egoísta que no merecía su amor, se marchó, solo faltándole poco.

El Duque la miró profundamente, ella tuvo que realizar y tomar mucha fuerza para decirle:

—Su excelencia Duque de Wessex, no deseo ser su Duquesa por un título o por posesión y riqueza, estaba dispuesta hacerlo por aquel sentimiento que albergaba en mi corazón, pero al entender su forma de cavilar, creo que usted puede desposar a cualquier dama y ella se conformará con sus planes, más Lady Beatriz Hopkins no es cualquier dama, su excelencia, espero que tenga usted buenas tardes.

El Duque no habló, ella se puso de pie, pero cuando pasaba a su lado, él tomó su muñeca y la detuvo:

—¿Qué me desea decir?

—Me marcho su excelencia.

—¿Se marcha así sin más?

—Usted ya está muy recuperado.

El Duque con el rostro desenchajado la miraba desde abajo, después con su habitual forma indicó:

—La reto para que me lo diga a los ojos.

Lady Beatriz se sorprendió con las palabras del Duque, pero entendió que debía hacerlo, así que sin más, dio un paso hacia atrás y se agachó enfrente del diván, cuando ella iba hablar, el Duque tomó su barbilla la atrajo hacia él y sin más la besó, ella deseaba dejarse llevar, pero se mantuvo tranquila, más había una dificultad, lo que sentía hacia él hizo que sucumbiera y se abrazara a él, mientras el Duque profundizaba el beso y la atraía más, después cuando no podían respirar más, él comentó en voz ronca:

—Esto es placer, siendo mi Duquesa se lo puedo enseñar Bea.

Ella con la frente apoyada en la de él, respondió:

—Deseo más que esto James.

Le dio un beso en la frente y se puso de pie y se marchó.

## *Capítulo IV*

El Duque de Bradford miró el documento que poseía en sus manos, era una licencia especial, con ella podía hacer lo que tanto deseaba su corazón, pero ¿quería la dama lo mismo?

Sus pies lo llevaban donde estaba ella, pues sabía que la señorita Lirio se la pasaba en la biblioteca, cuando entró, la buscó en los alrededores, así que continuó al salón de lectura, allí estaba ella, mirando por la ventana:

—Buenas tardes.

La señorita Lirio se giró rápido al escuchar su voz:

—Ha retornado usted.

—Sí desde esta mañana.

—Ya veo.

Dijo ella con voz dolida, el Duque caminó hacia ella, mientras el corazón se aceleraba más cada vez que se aproximaba.

Ella de repente se giró:

—Al parecer que es usted un segundo mensajero del Duque de Wessex.

—¿Segundo mensajero?

—Sí, el caballero posee la capacidad de usar a las personas para su conveniencia.

—Pues para tranquilidad suya, ahora no soy el mensajero del Duque de Wessex, sino el simple Duque de Bradford.

—Ya comprendo, mi tutor.

Se formó el silencio, ella estaba bien incomoda consigo misma, ya que Beatriz estaba dispuesta a sacrificar su vida por amor a un caballero egoísta y sin corazón, más ella sabiendo lo dulce y tierno del corazón de Roy no deseaba mover ni un dedo para ser feliz.

La señorita Lirio de repente caminó al diván que estaba en un lado de la chimenea, mientras el Duque la contemplaba como debatía su mente, su frente se ensanchó y sus manos se frotaban.

—Creo que debemos hablar señorita Hill.

La señorita Lirio de repente levantó el rostro hacia él y sin más asintió con la cabeza, mientras el Duque se aproximaba a su lado ella indicó:

—Creo que me marcharé a Londres, aunque Lady Ann desee quedarse.

—¿Por qué la prisa?

—Es que, bueno.

—Sea usted sincera, siempre me ha gustado esa forma de su carácter, siempre dice las cosas que están en su mente.

—Pues si es así, le diré que deseo marcharme, pues, cierta presencia de un caballero me está afectando.

—¿Un caballero?

—Sí, así es, ya está dicho y eso es.

El Duque sabía que ella no se refería al galeno, pues Bea le había explicado, que ella solo

estaba usando al caballero, para que él, hiciera lo que el Señor Wood hizo, cuando él pretendió estar interesado en Selene.

—Ese caballero es afortunado de que usted se interese por él, a tal punto, de que su presencia le afecte.

—No deseo hablar más de ese tema.

—Está bien, aunque si usted desea puedo dar al caballero una mejor plaza en mis tierras, para que usted pueda vivir desahogadamente.

—¿Qué?

—Sí, entendí que lo que busca es amor y que ese galeno es el indicado para dárselo.

La señorita Lirio lo miró sorprendida y sin más, se puso de pie e expresó:

—Es usted un cretino su excelencia.

El Duque de igual forma se puso de pie y cuando ella se disponía a marcharse, él agarró su brazo.

La señorita Lirio miró las fuertes manos que la sostenían, después al Duque:

—¡Suélteme! ¡Suélteme lerdito! No deseo ni que me toque.

El Duque de Bradford le sonrió con aquella sonrisa ladeada y con un fuerte jalón la atrajo hacia él y se dijo " ¡No puedo perderla, no puedo!, pensó.

—Soy su tutor y usted me debe respeto, solo busco su felicidad, la que usted desea.

—¡Será usted idiota! —exclamó la señorita Lirio con el rostro centellándole de la rabia.

—Sí soy idiota, porque el amor que siento por usted, me hace poner a un lado para que sea usted feliz con el caballero que ha elegido.

La señorita Lirio poco a poco comprendió lo que él estaba tratando de decirle, ella sin más se quedó sin palabras mientras lo escuchaba:

—Tengo en mi poder una licencia especial por si usted desea usarla, sé que verla en brazos de otro caballero me dolerá, pero si usted es feliz con eso me conformo.

La señorita Lirio lo miraba asombrada, eso le decía que su Duque la amaba y estaba dispuesto a sacrificar su amor para hacerla feliz, ella sin mucho esfuerzo se soltó del brazo que el caballero le sostenía, pero en vez de marcharse, se aferró al cuello del Duque, abrazándose a él.

Cuando Roy sintió los brazos de ella rodeándole el cuello, se le fue toda cordura, un estremecimiento de anticipación de placer recorrió su cuerpo.

Entonces la acercó más a él y sus labios buscaron los de ella.

Al sentir la suavidad de sus labios, comprendió de forma instintiva que ella le pertenecía, que siempre había sido suya, desde la primera vez que la besó, la apretó con más fuerzas.

La señorita Lirio estaba sintiendo unas extrañas y desconocidas sensaciones, quería fundirse en él y nunca más separarse de su lado.

Los dos estaban perdidos en su avidez reprimida, las manos del Duque subían y bajaban por la espalda de Lirio, mientras ella se aferraba más a él.

Un poco de prudencia llegó a la mente del Duque y poco a poco dejó de besarla, levantó la cabeza.

Ella se alejó un poco de él.

Él no la dejó que se separara mucho y le dijo con una voz que no parecía suya:

—Te amo —repetió—. Te amo desde el día que te observe en el jardín, por eso no me pude resistir a besarla, y me hubiese vuelto loco si usted se hubiese fijado en otro caballero, la deseo para mí, deseo darle toda la felicidad del mundo, que tenga usted mucho más que lo que posee su hermana, pues la amo mucho, mucho más que cualquier caballero podría amar a una dama.

—¡Oh Roy!

Los labios de los dos se fundieron en uno solo, las manos del Duque tomaron vida y la pasión los inundó.

Los dos estaban perdidos el uno en el otro y no escucharon cuando los pasos llegaron al salón de lectura, Lady Ann garraspó con fuerza, pero el ardor de la pareja era mayor, así que la dama hizo que su bastón sonara en el suelo.

La pareja se separó de inmediato, el Duque de forma instintiva se colocó al frente de la señorita Lirio:

—No es necesario que la esconda joven, ya la hemos visto.

—Lady Ann y Bea permítanme explicarles.

—Bueno, en verdad que queremos esa explicación. —Dijo la anciana.

—Como notarán ustedes, estaba proponiéndole a la señorita Hill que sea mi Duquesa.

La señorita Lirio salió detrás de él y con intranquilidad argumentó:

—Usted no me propuso eso, su excelencia.

—Es que usted no me dio tiempo.

—¿Qué está usted insinuando?

—No insinuó nada, solo que deseo pasar el resto de mis días a su lado.

Los rasgos de mal humor desaparecieron del rostro de la señorita Lirio y una linda sonrisa transformó sus facciones:

—¡Oh Roy!

Los dos se iban a besar de nuevo, cuando fueron interrumpidos por Lady Ann.

—Lo que quiere decir que siempre habrá nupcias.

La pareja miró a Lady Ann y después a Lady Beatriz que los observaba con cariño, quien habló fue el Duque:

—¿Cómo es eso?

—Pues Lady Beatriz a recapitado y rompió su compromiso con el Duque implacable.

La señorita Lirio de inmediato se separó del Duque y fue al lado de su amiga y le tomó de las manos:

—¡Lo siento Bea!

—No es nada Lirio, simplemente recapacité, ahora debemos alegrarnos por la felicidad de ustedes.

El Duque de Bradford en ese instante se sintió triste por su amigo, pues, aunque James no lo admitiera, él sentía algo por Lady Beatriz.

—Lady Ann poseo una Licencia especial, y como todo estaba organizado para las nupcias de James, bueno en verdad no deseo esperar mucho, pues de esa forma Lirio puede quedarse a mi lado.

—Usted es el tutor de la dama, así que usted decidirá, por otro lado, nosotras le veníamos a informar que nos marchábamos a Londres, pero con este hermoso acontecimiento, creo que debemos aplacar nuestra salida, ¿No lo cree usted querida?

Lady Beatriz asintió con la cabeza, pues estaba tan feliz por la felicidad de sus amigos, que no recapitó en la desdicha y dolor que sentiría al estar tan próximo al Duque de Wessex y sin poder verle.

—Pues nada, vamos a preparar sus nupcias Lirio, así que venga con nosotras.

La señorita Lirio se giró a ver al rostro de su amado, este le sonrió y respondió a Lady Ann.

—Ella estará con usted en un momento.

—Está bien, estaremos en el salón verde, si en diez minutos no llega usted querida, la enviaré a buscar.

—Ella estará con usted en breve Lady Ann.

La dama sonrió y salió acompañada de Lady Beatriz del salón de lectura.

El Duque esperó escuchar el cierre de la puerta de la biblioteca para decir:

—¿Quiere enlazarse aquí?

—No es el mejor lugar, aunque si no lo hacemos tendré que retornar a Londres y en verdad no me gusta que fuera allí.

—¿Por qué si todas las damas sueñan con unas nupcias en Londres?

—No está usted al frente de una dama convencional.

—Es verdad, estoy al frente de mi dama.

—Roy estaba hablando de verdad, cuando dijo a Lady Ann que le gustaría que le acompañara a cuidar de su amigo.

—Bueno, no creo que usted pueda cuidar de James, pues solo hay una dama que puede entrar a sus aposentos y por lo que hemos escuchado, esa dama literalmente desechó al Duque.

—Roy deseo que Bea sea feliz, como lo soy ahora.

—¿Es usted feliz ahora?

—Sí

—Déjeme ver si puedo aumentar su felicidad.

Descendió sus labios a los de ella y saborearon la dicha.

Finalmente, tiempo después, se obligó a regresar con Lirio al salón verde, para poner todo en orden, dejó a las damas reunidas y subió a darle la noticia a su amigo, pero este no deseaba visita, así que lo dejó tranquilo ese día.

\*\*\*

El Duque de Wessex estaba ya mejor de su pierna derecha, aunque la izquierda aún estaba vendada, el joven galeno le había informado que podía afincarla poco a poco y lo había hecho, por esa razón estaba de pie apoyando su peso en el respaldo de un mueble:

—¡Oh James casi está usted de pie!

—No es una novedad Roy, siempre he estado de pie.

—Me refiero a que sus piernas están mejor.

—Sí, ya la derecha la puedo afincar, aunque la izquierda me duele un poco.

El Duque de Wessex tomó el soporte que el señor Sam le entregaba y poco a poco pudo llegar al diván y tomar asiento:

—¿Qué le trae tan temprano a mis aposentos?

—Tal vez desea usted salir al jardín.

—Aun no puedo caminar bien Roy.

—Lo sé James, pero no puede permanecer aquí encerrado hasta que se recupere, ya hace casi dos meses de su accidente, debe tomar sol, su piel está pálida.

—¿Cómo crees que me moveré? ¿En los brazos de mis maestresalas?

—No, en el cobertizo encontramos una silla de ruedas, la puede usar hasta que pueda caminar mejor.

—Ahora quiere, que sea un inválido.

—Usted sabe que no es un inválido, solo usará la silla hasta que se recupere la otra pierna.

Transcurrió dos días y cada mañana Roy le hacía la misma pregunta, al tercer día a diferencia de los otros, escuchó de los labios de su amigo otra respuesta.

El Duque de Wessex miró a su amigo, respiró profundo y sin más indicó:

—Está bien.

Los Duques estaban en el jardín, el Duque de Wessex en su silla, mientras el Duque de Bradford a su lado en una banca de hierro, este al ver que se aproximaba Lady Beatriz por el sendero, se puso de pie:

—James en seguida retorno.

El Duque no pudo decir nada, pues en ese instante vio a la dama que caminaba hacia él, ella no se había percatado de su presencia, pues caminaba con el rostro bajo, al levantar la vista, se frenó de repente, después de retornar la calma a sus facciones y sus pies, tomaron vida:

—Buenos días su excelencia, veo que ya está mejor.

—Así es, y usted no se ha marchado.

—No, decidí esperar las nupcias.

—Así, las nupcias.

—Sí.

Se formó el silencio, en aquel momento él preguntó:

—¿No me ha vuelto a visitar?

—Creí que no era prudente.

—No recapacité en esa prudencia antes, porque cambiar ahora.

—Pues antes no estaba en mi mente que podía ser su Duquesa, ahora como eso no podrá ser, creo que por mi bienestar y por el de su futura esposa, opino que es mejor que sus maestras las lo cuiden.

—Y si deseo que sea usted.

—Ya sus deseos no son órdenes para mí, su excelencia.

Ella comenzó a caminar, él sin más agarró su mano y dijo con voz dura:

—No le he dado permiso que se retire.

—No lo necesito.

—Se equivoca, está usted en mis dominios.

—Este es su dominio su excelencia, aunque le aclararé que una persona no forma parte de sus pertenencias.

—Usted me pertenece.

—No lo creo, ningún ser humano le pertenece a otro, solo a Dios.

—Usted es mía Beatriz.

—Creo su excelencia que debe usted retornar a sus aposentos, el sol lo está trastornando.

—Usted vendrá a mí y me suplicará que la despose, recuerde quien soy.

Lady Beatriz lo miró a los ojos, en ellos había rabia, y algo más que no pudo descifrar que era, más cuando escuchó la voz del galeno el Duque la soltó, ella formó una reverencia al recién llegado y se marchó.

Ese día el Duque pidió que lo llevaran a sus aposentos y no salió de allí más, tampoco el día de las nupcias se presentó en la capilla.

Al retornar del enlace en la pequeña capilla del castillo, la joven pareja estaba muy feliz, sus rostros resplandecían con el amor que se sentían, estaba preparado un almuerzo, al entrar en el salón del comedor el Duque de Wessex estaba parado en un lado sosteniendo un bastón:

—Felicidades Roy y Lady Bradford —comentó quedo, mirando a Lady Beatriz a un lado.

—Gracias amigo James.

El Duque hizo un ademán hacia la mesa e indicó:

—Los alimentos nos esperan.

—Desde luego.

Muy despacio caminó hacia la mesa con ayuda del bastón, aunque se podía ver que estaba haciendo un gran esfuerzo.

el señor Sam sin más felicitó a los recién enlazados, para desviar la atención.

En la mesa, el Duque de Bradford indicó:

—James si permites, deseo que el señor Sam de gracias por los alimentos.

El Duque en su posición, asintió con la cabeza y el señor Sam expresó:

—Dios gracias por su amor, y gracias porque nosotros los seres humanos, podemos experimentar una muestra de su amor, al amar a la dama que usted trajo a nuestro lado, para ser nuestra ayuda idónea, nuestro complemento, nuestro soporte y nuestro motivo de seguir hacia delante, bendice a esta pareja, con muchos años de comprensión y que su amor renazca cada día, como el amanecer y que descansa uno en el otro cuando se ponga el sol, así mismo, que usted los bendiga con retoños de amor en sus vidas, ahora bendiga estos alimentos y que con ellos seamos partícipe de la felicidad de esta pareja, en Jesús las gracias.

Todos disfrutaron de los alimentos, después los invitados felicitaron a la pareja, el galeno que asistió aprovechó y se aproximó a Lady Beatriz:

—Muy lindo y sencillo el enlace.

—Así es.

—¿Se marcha usted?

—Sí mañana.

—Pues tal vez no nos volvamos a ver.

—Gracias por cuidar del Duque, él no se lo dirá, aunque sabe que ha hecho usted un buen trabajo.

—El Duque es un caballero fuerte y además sabe reconocer un contrincante.

—¿Un contrincante?

—Sí, aunque está vez su oponente sabe que está derrotado.

Lady Beatriz estaba consciente de que el Duque no le quitaba la vista de encima, él estaba pendiente de cada uno de sus movimientos.

—Creo señor Stornew que esta es nuestra despedida.

—Solo es un hasta luego Lady Beatriz Hopkins.

El Duque de Wessex escuchó las últimas oraciones, pues se aproximó a la dama, esta sin más deseaba marcharse, pues hacia un rato que los recién enlazados habían salido a una cabaña que estaba en los alrededores del castillo.

Ellos se despidieron de Lady Ann y Lady Beatriz, ya que, al día siguiente, ellas retornarían a Londres, mientras los demás invitados también lo hacían, el último en despedirse fue el galeno.

Lady Ann se aproximó a ella y le informó:

—Querida, me retiro a mi recámara, esta noche cenaré allí, pues debo descansar para el viaje.

—Está bien Lady Ann.

Lady Beatriz al ver que el señor Sam también salía de la estancia decidió seguirlo, pero una voz ronca la detuvo:

—Deseo hablarle Lady Beatriz Hopkins.



Ella se debatía entre decir algo incoherente y correr, o esperar que él con esfuerzo se aproximara, ella se dio cuenta que el señor Sam cerraba las dos puertas del salón, detrás de su salida.

—Debo marcharme excelencia, debo preparar todo para mi partida.

El Duque con esfuerzo llegó a su lado, y con voz dura indicó:

—Sentémonos.

Ella lo vio sentarse, y sin más caminaba al otro mueble cuando él indicó:

—Siéntese aquí.

—Aquí estoy bien su excelencia.

El Duque sin más hizo un esfuerzo y tomó asiento al lado de ella, puso el bastón a un lado.

Lady Beatriz estaba muy nerviosa, pues ver la felicidad de sus amigos la había enternecido, sabía que no podía mantener la calma por mucho más tiempo.

—No quiero que se marche —indicó el Duque sin más.

—Ya hemos hablado de esto su excelencia.

—Lo sé, pero necesito de sus cuidados.

—No lo creo, ya casi puede caminar.

—Lo he hecho solo porque quería verla.

Lady Beatriz se ruborizó al escuchar sus palabras, así que descendió el rostro para que él no advirtiera como le afectaba.

—Solo quiero que se quede.

—No puedo su excelencia.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Quiere que le mienta? ¿Quiere escuchar palabras lindas y románticas?

—No.

—Pues solo quédese a mi lado.

El silencio se adueñó de la estancia, el Duque comprendió que la estaba perdiendo, él mismo la había perdido, así que tomó la mano de ella y se la llevó a sus labios, mientras Lady Beatriz lo miraba asombrada, él con voz queda dijo:

—Quiero besar sus dulces labios, quiero tener sus tiernas manos acariciando mi frente, deseo sentir su aroma a Jazmín impregnada en cada área y salón de este castillo, aspiro a que su risa haga vibrar las paredes solitarias y que sus brazos me rodeen para encontrar la paz que busca mi alma.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Lady Beatriz, el Duque aprovechó su debilidad y la atrajo hacia él, besos sus labios y la apretó más hacia él, pero cuando intentó que ella se sentara en sus piernas, Lady Beatriz recapacitó y dijo:

—Lo siento su excelencia, pero busco algo más en el caballero que me despose.

—Cualquier cosa he de darle para que se quede, para que usted me pertenezca, para que sus labios me pertenezcan ¿Qué quieres? ¿Qué buscas?

—Busco que me ame.

El Duque de inmediato se quedó pasmado, paralizado.

Lady Beatriz comprendió que él no estaba dispuesto a entregar eso a ninguna dama, así que se puso de pie, sin más caminó hacia la puerta, aunque antes de abrirla indicó:

—No deseo que me busque, sino puede usted amarme.

Cuando ella salió, el Duque se sintió perdido, ocultó su cabeza en sus manos, se quedó allí, hasta muy avanzada la noche, pues todos los que tocaban a la puerta, él los despedía.

El Señor San entró al salón verde, todo estaba a oscuras, caminó hacia un diván, allí estaba él, con los brazos cubriendo su rostro:

—James debe ir a sus aposentos.

—Sam deseo estar solo.

—Usted ha sido un caballero fuerte, recuerdo que desde niño poseyó usted fuerzas para luchar, no había nada que usted no alcanzara, se va dejar vencer tan fácil.

—Lo que ella me pide es más de lo que le puedo dar.

—Usted es un Duque, posee todo lo material, como usted dice, eso es suficiente para una dama.

—No para ella, Sam.

—En ese caso mi buen amigo James, esa es la dama correcta para usted.

—Usted no comprende, ella desea aquello por lo que he tratado de no sentir nunca.

—Uno en eso no manda James, el amor entra sin llamar, se adueña de nuestro ser sin pedir permiso y atrapa nuestra alma sin darnos cuenta, usted ya siente eso por Lady Beatriz desde hace mucho, pero se niega a reconocerlo.

—Sam no se amar, a mí nadie me enseñó, además nadie me ha amado.

—Usted se equivoca, este viejo siempre lo ha querido como un hijo y también mi difunta Josy, también sus tutores le quisieron, así mismo Lady Beatriz lo ama, además Dios le ama tanto que desea que usted cambie y por eso le envió a su hijo Jesús para que tomara su lugar y el mío en la cruz, cuán grande amor es ese.

El Duque de Wessex se quedó en silencio, después de un instante dijo:

—Me quedaré aquí, deseo verla antes de que se marche.

—Como usted desee James.

Antes de levantarse el alba, Lady Ann y Lady Beatriz caminaban por el pasillo, hacia la parte delantera del castillo, cuando la puerta del salón verde se abrió de pronto, allí estaba él, con el pelo revuelto, la ropa desaliñada y macada, agarrado a su bastón, las damas al verlo se detuvieron, el Duque no esperó y dijo:

—Lady Beatriz enséñeme amar.

Lady Beatriz se sorprendió por las palabras de él, así que vio al Duque, después a Lady Ann que estaba un poco más allá, esta le hizo una negación con la cabeza, así que ella se aproximó al Duque, el rostro del caballero cambió al verla aproximarse a él, ella se puso al frente, se puso de cuclillas y dio un beso en la mejilla de él:

—Sánese y búsqume le enseñaré amar.

Él deseaba agarrarla y no soltarla, pero Lady Ann estaba esperando cualquier movimiento, así que le indicó:

—Lo haré.

Las damas salieron del Castillo de Wessex, Lady Ann esperanzada del que el caballero cumpliera su palabra, mientras que Lady Beatriz estaba con el corazón roto, pues se alejaba de él.

## Capítulo V

Ya había transcurrido un mes, de la llegada de las damas a Londres y Lady Beatriz no sabía nada sobre el Duque de Wessex, reconoció que estaba bien, porque Lady Bradford le había escrito, de que él estaba ya muy bien y que ellos se marchaban al castillo de su esposo, ya que estaban muy ansiosos de comenzar su vida juntos en las tierras del Duque, desde esa correspondencia ya había transcurrido dos semanas.

La temporada social estaba llegando al final, Lady Ann se reunía con sus amigas y la dama muy astuta había arreglado los comentarios suscitados, explicando que los cotilleos eran falso, pues no se referían al Duque de Wessex, ya que el caballero estaba muy enfermo, sino al Duque de Bradford, aclarando, que la actual Duquesa nunca estuvo a solas con el caballero, pues la dama siempre viajó en su compañía y también que los rumores del enlace del Duque de Wessex, era algo increíble, pues conociendo al caballero y su amor a la soltería ella indicaba, que ese Duque no se enlazaría por ahora.

Lady Beatriz escuchaba las palabras y los argumentos de Lady Ann y sus amigas, ella permanecía callada, solo escuchando, hasta que Lady Bonthonier preguntó:

—Querida y usted no posee pretendientes.

Fue Lady Ann que respondió.

—Mi querida Lady Bonthonier, cree usted que, con el rostro y el porte de Lady Beatriz, estará sin pretendientes.

—Oh no deseaba decir eso, solo es que no la veo en las galas.

—Lady Beatriz estaba indispuesta con un resfriado.

—Siento escuchar eso, pero la temporada pronto terminará y bueno ya las parejas están hablando de enlace y usted mi querida es muy bella, asimismo con esa dote, no comprendo porque aún no se ha enlazado.

—Lady Beatriz está esperando por el caballero adecuado.

—No espere mucho, querida, que eso del caballero adecuado no existe, solo debe ser una dama ciega y sorda.

Lady Ann iba a responder, pero Lady Beatriz habló antes:

—No me considero ni ciega ni sorda Lady Bonthonier, por el contrario, poseo muy activas mis facultades, por ese motivo mejor deseo ser una solterona feliz que una dama enlazada infeliz, ahora si me disculpan.

Lady Beatriz formó una reverencia y salió de la estancia.

Ella lo que deseaba era llorar, desahogar su dolor, pues no había derramado ni una sola lágrima, así que salió de la mansión y se escondió en su taller, al entrar, encontró una rosa blanca en su mesa, la miró a través de sus lágrimas y sin más la tomó:

—James, estas aquí.

Ella no recibió respuesta, así que tomó la rosa y la colocó en un vaso con agua, tomó asiento y sin más continuó tallando.

Lady Beatriz miraba por la ventanilla del carruaje, como todos los invitados a la gala del Conde de Sussex descendían de sus elegantes carruajes, ella no deseaba asistir, pero Lady Ann le había insistido que su presencia era imprescindible, pues no había asistido a ninguna gala hacia un mes.

Ella al entrar al abarrotado salón, entendió ¿por qué Lady Ann le había insistido? Ya que todo Londres estaba en aquella fiesta, muchos la saludaron sin reconocerla, ella deseaba estar separada de todos, se colocó el antifaz mejor y salió a la terraza, una voz ronca le dijo:

—Una dama no debe salir sola a la terraza.

Lady Beatriz se sorprendió al escuchar aquella voz, pero el caballero que le hablaba no era él, pues era muy delgado y no llevaba bastón.

—Solo es por un momento señor.

—En una fiesta de disfraces todo puede pasar.

—Eso siempre me decía una amiga.

—Pues creo que debería usted entrar.

—Usted posee toda la razón, permiso.

Lady Beatriz entro al salón, se pasó toda la noche buscando una vez más al caballero, pues, aunque le recordaba la voz a él, su figura era muy frágil para ser la misma persona, así que cuando Lady Ann decidió que retornaran, ella se lo agradeció.

Lady Beatriz estaba inquieta en su recámara, no podía conciliar el sueño, aquel caballero le recordaba tanto al Duque, pero no podía ser él, ya que no le gustaba ir a galas, además estaba muy delgado. El cansancio la abatió, y se durmió, pero muy de mañana, escuchó sonidos y muchos movimientos, al descender se encontró con su hermano y Camelia:

—¡Oh retornaron!

—Así es hermanita.

—Camelia estas más bella.

—Sera más gorda, su sobrina o sobrino me tiene comiendo mucho.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí.

Lady Beatriz se alegró por la hermosa noticia, esa mañana desayunó con su hermano y cuñada, pero ellos se marcharon a sus recámaras a descansar, ella se fue a su taller.

Cuando entró encontró dos rosas blancas en su mesa de trabajo, ella las tomó y la colocó junto a la otra, miró a su alrededor todo estaba igual, así que se aproximó a la ventana que daba a las tierras del Duque de Wessex, sabía que no eran de él, pues su dama de compañía no le había informado de su llegada, ya que uno de los maestresalas del Duque, era el tío de la joven.

Respiró profundo, pues comprendió que él nunca iría por ella, ya que el Duque implacable no sabía amar, así que salió de su taller y se marchó a la mansión.

\*\*\*

Un día después, su hermano y cuñada le habían contado mucho de su viaje, y también le informaron que ellos retornarían a Norfolk, pero pasarían por Bradford a visitar a Lirio, ellos la habían invitado:

—¿Qué dices, nos acompañas?

—¿Y Lady Ann?

—A ella se lo preguntaremos esta noche en la cena.

—Pues si ella nos acompaña, los acompañaré, pero si no me quedará con ella.

—Le ha tomado mucho cariño.

—Ella es una gran dama.

—Sí.

Esa noche al reunirse en el salón del comedor, se quedó pasmada, pues el caballero que estaba en la gala, estaba de espalda a ella, hablando con su hermano.

Lady Camelia se le aproximó:

—Bea no sabíamos del accidente del Duque.

Fue en ese momento que él giró, ella vio su rostro, era él.

—Buenas Noches —Dijo el Duque.

Ella no reaccionó, pues no podía entender que el estuviera en su mansión y no la hubiese ido a visitar, y se recordó de las rosas blanca, era él que se la dejaba, él estaba en Londres.

Ella instintivamente dio un paso hacia atrás y salió a toda prisa del salón del comedor, mientras su hermano y Camelia se miraban:

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé Arthur.

El Duque de Wessex miró a su amigo y le dijo:

—Si me permites Arthur.

—Pero James.

—Les prometo que se los explicaré después, ahora debo hablar con ella.

El Duque no esperó más, salió detrás de la dama, él sabía hacia donde se dirigía, así que no hizo preguntas, cuando subió al taller, allí estaba ella, de espalda a la entrada y abrazándose con sus brazos:

—Lady Beatriz.

Ella se giró al escucharlo:

—Has estado aquí, usted es el que me dejaba las rosas, ha estado una semana y no me ha dicho nada.

—Deseaba tener fuerzas.

—¿Fuerzas?

—Sí, fuerzas para que habláramos como dos personas educadas.

—¿Qué cree usted que soy? Le aseguro que no le haré daño.

—Pues el que no está seguro en esa parte.

El Duque no terminó la frase, en dos pasos se aproximó, la tomó entre sus brazos y la besó, con urgencia al principio, con avidez después.

Ella se dejó, derribó toda pared y se rindió a sus caricias, se rindió ya que esos días sin él, la estaban trastornando, ya no deseaba nada más que su compañía.

Cuando la pasión se estaba apoderando de los sentidos del Duque, él sin más se detuvo:

—Bea debemos parar.

—No.

—Bea, si no lo hago.

—Me hacías tanta falta.

—Usted más amor.

Solo bastó esa palabra, para que Lady Beatriz se aferrara más a él, mientras la compostura y la cordura abandonaban al Duque, este sin más la agarró por la cintura y la levantó:

—Oh Bea debemos parar.

—No deseo que me dejes.

—No lo haré amor, nunca más lo haré.

El Duque se decía que debían hablar, que su auto control era suficiente, pero nada estaba saliendo como él creyó, las manos estaban tomando vida propia, sus labios besaban el cuello de ella y no le obedecían, cuando le envió a decir que se detuvieran. Sin más la agarró la sentó en la mesa que ella usaba para su trabajo y dijo:

—Bea no puedo parar...

La puerta del taller se abrió de repente y el Duque se quedó inmóvil, pues su amigo Arthur y su esposa estaban en la puerta:

—¿Qué significa esto?

El Duque por fin se detuvo, miró a Lady Beatriz, su pelo estaba suelto, sus labios hinchados, la falda hasta las rodillas y como si fuera poco sentada de manera impropia encima de una mesa, él sin más le arregló la falda, mientras su amigo lo miraba asombrado:

—Arthur lo que ocurre es que deseo enlazarme con su hermana.

—¿Qué? ¿Usted con Bea?

—Sí.

—No comprendo nada James, usted con Bea.

—Arthur siempre me ha agradado su hermana, pero no deseaba admitirlo, hasta que ella me cuidó cuando sufrí el accidente.

—¿Qué Bea lo cuidó?

—Sí, ella estuvo a mi lado, eso hizo que me gustara, pero al marcharse, la eché tanto de menos que me estaba volviendo loco, deje de comer apropiadamente, hasta que lo que siento por ella fue mucho más fuerte que mi resistencia.

—James, pero usted está hablando de Bea, mi hermana.

—Sí, de la misma dama que amo.

El Duque de Wessex mantuvo la mirada en su amigo, los dos se conocían hacía muchos años, eran más que amigos, eran hermanos.

—Deseo que usted me conceda la mano de Bea para enlazarnos con una licencia especial, claro está, si ella así lo desea.

Lady Beatriz descendió de la mesa y se aferró al brazo del Duque y dijo:

—Sí, lo deseo su excelencia.

El Duque la miró, le sonrió y ella le devolvió la mirada, con ese intercambio, Lord Arthur Hopkins comprendió que en verdad los dos se amaban.

—James le doy mi permiso, pero mi hermana no se enlazará con una licencia especial, ella tendrá unas nupcias como Dios manda.

—Arthur no creo poseer las fuerzas de esperar.

—Las tendrá mi buen amigo, por eso le llaman el Duque implacable.

—Ese sobrenombre ya no me queda, pues su hermana me ha aplacado.

—Jjajaja.

Lady Camelia tomó el brazo de su esposo:

—Vamos Arthur, dejemos que Bea hable con su prometido.

—No creo que hablen amor.

—Dejémoslo solo un instante.

El Marqués asintió, se giró y miró a su amigo, no bien cerró la puerta el caballero, cuando el

Duque ya estaba besando a su amada.

—Bea, debemos hablar.

—Solo deseo sentir sus labios.

—Eso es una tortura amor, de verdad debemos hablar, vamos a la mansión.

—Es que usted no me ama.

—Porque le amo es que debemos hablar, Bea.

—James usted no entiende, en estos últimos días lo veía en todas partes, me estaba volviendo loca sin usted.

—Pues mi juicio se marchó aquella mañana cuando usted me dejó, Bea, pero si continuamos aquí solos, no seré capaz de honrar su amor y en verdad deseo hacerlo, pues usted se merece mi respeto, así mismo Arthur, pero quien más merece que me controle es Dios, ya que no deseo sucumbir a mis deseos.

—Está bien James.

Los dos se marcharon a la mansión, pero antes de entrar, el Duque la tiró por la cintura y la besó, mientras ella reía de felicidad.

Cuando entraron en el salón del comedor, Lady Ann comentó:

—Jóvenes nos tenían flemáticos.

—Lo sentimos Lady Ann Blissington.

—Que fue eso joven, usted dijo que lo siente, en verdad que el desamparo lo ha cambiado.

—No creo que haya sido el desamparo Mi Lady, sino el amor.

—En ese caso joven, ese cambio es permanente.

Todos estaban asombrados de que el Duque de Wessex estuviera comportándose de aquella forma, pues acompañaba a su prometida a casi todas partes, hasta se presentaba en las tiendas de costuras, únicamente para acompañarla.

Las nupcias del Duque de Wessex con Lady Beatriz Hopkins fue la más concurrida en ese año, no faltó un noble aun por más lejano que estos residían, todos se dieron cita en la mansión de Bentham Park en Londres. Todas las familias de la novia estuvieron presentes, así como sus amigas, las damas Hill ahora todas enlazadas.

—Ya es usted la Duquesa de Wessex.

—Ya me he dado cuenta su excelencia.

—¿De verdad?

—Creo que sí, aunque si le soy sincera aun no concibo tal cambio de vida.

—No lo concibe usted, ¿Por qué?

—Bueno déjeme decirle, que el Duque de Wessex es un caballero muy fuerte y además lo llaman el Duque implacable.

—No me diga usted.

—Sí, él es muy implacable, pues desde que sus ojos se posaron en los míos, ya no hubo para mi otro caballero, él se adueñó de mi ser implacablemente y solo me devolvió cuando sus labios se posaron en los míos.

—¿Así?

El Duque besó a su esposa y con todo su ser la amó.

## *Epílogo*

Para celebrar el primer año de las nupcias de los Duques de Wessex, el evento fue todo un acontecimiento, todos sus familiares y amigos estaban presentes en la celebración: Los Marqueses de Norfolk, Los Marqueses de Gaston, Los Condes de Somerset, Los Duques de Bradford y los señores John Wood y su esposa, la señora Selene Wood. Después de la succulenta cena y disfrutar de una hermosa velada, los caballeros se reunieron a solas, de todos quien habló fue el Duque de Bradford:

—Bueno mis queridos, creo que todos ustedes deben estar por siempre agradecidos de mi persona, ya que claro está, fui el canal de bendición que Dios eligió para que ustedes fueran felices con mis pupilas.

—Roy no se olvide que usted está enlazado con una de ellas.

—Como olvidarlo si cada día soy más feliz.

—Bueno creo que en verdad a quien tienen que agradecer es a mi persona, pues al ser el primero en conocer a las damas, desee que ustedes de igual forma las conocieran.

—No creo que deseabas eso Arthur, más bien deseabas desacerté de las demás para estar a solas con su Marquesa.

—No puedes hablar Herbec ya que usted duró todo un año buscando a su flor silvestre y cuando la encontró se desapareció con ella.

—En ese caso Adams usted se presentó en Londres como un alma en pena hasta que encontró a su Condesa, y cabe aclarar que después se desapareció también.

Todos sonrieron, pues cada uno de ellos poseía una historia de amor, en ese instante llegó el señor Sam:

—Caballeros.

—Señor Sam, usted ha llegado tarde a nuestra reunión.

—No mi buen amigo, llegue temprano, pero me detuvieron en la entrada un par de jovencitos un tanto demandantes, que deseaban que jugara con ellos.

—Esos deben ser sus hijos —indicó Lord Arthur.

—Así es, los gemelos son muy fuertes y demandan demasiado a este anciano.

—No se preocupe Sam que nuestra hija Dalia no será así.

—Creo que, si sale a la abuela, será más fuerte que los gemelos, pues Lady Ann Blissington es tremenda.

Todos los caballeros estallaron en carcajadas, hasta que una voz conocida preguntó:

—¿A qué se debe tanta alegría?

—A nada mi amor.

Respondió el Duque de Wessex a su esposa, los demás caballeros lo miraron y continuaron riendo, fue el Duque de Bradford que indicó:

—Oh James, si cuando estuvimos en el debut de Lady Beatriz me hubieran dicho que esa hermosa joven lo sometería a usted de esta forma, no lo hubiese creído.

Todos volvieron a reír, hasta que el Duque de Wessex indicó:

—En ese tiempo sabía que la única que poseía el látigo de mi corazón era Lady Beatriz.



—Oh por favor James, no sea cómico, usted nunca me veía como una dama, sino como la hermanita de su mejor amigo.

—Al contrario, mi amada, después de conocerla a usted fue que deseé estar más cerca de Arthur, aquella vez que supe de la muerte de su padre, corrí a Norfolk no para consolar a Arthur, sino para verla a usted.

—Jame no diga esas cosas enfrente de todos.

—Pues esa era la verdad, si sabía que usted estaba por los alrededores deseaba estar allí.

—Si es así, ¿Por qué no correspondió al amor que le daba?

—Porque me sentía mísero, no acto para tener a una dama con su noble corazón.

—James, por favor no diga esas cosas enfrente de sus amigos.

—Como usted diga mi Duquesa, mejor continuamos esta conversación solos, buenas noches amigos.

El Duque de Wessex tomó a su esposa y salieron de la estancia, mientras Lady Ann decía:

—Muchas veces juzgamos a las personas por su forma y comportamiento y la mayoría de veces nos equivocamos, quien creería que un caballero como el Duque de Wessex poseía un amor guardado.

—James en este año me ha demostrado que es capaz de hacer feliz a mi hermana, como nunca ella había sido.

—Cada uno debemos ser felices, pues Dios lo desea, somos nosotros mismos que complicamos las cosas.

—Así es Roy así es...

Esa noche la Duquesa de Wessex le participó a su esposo la noticia de su dulce espera, el Duque no podía estar más feliz, pues al ver a sus amigos ser padres, o en su espera como en el caso de su amigo Roy, él deseaba en silencio ser padre también, pero temía que eso no fuera posible, pero esa noche todo temor se disipó.

Un años después, los Duques fueron bendecidos con dos gemelos, estos de igual forma tremendos y demandantes como los hijos de su cuñado Arthur.

Los Marqueses de Norfolk decidieron fructificar la tierra y Dios los bendijo con dos caballeritos y cuatro damitas.

Los Marqueses de Gasthon solo tuvieron dos caballeritos.

Los Conde de Somerset un caballerito y una damita.

Los Duque de Bradford tuvieron dos caballeritos y una damita.

Los señores Wood, además de Lucy que fue la primera bendición de ellos, tuvieron un caballerito gemelos y una damita.

Lady Ann Blissington se convirtió en la abuela de todos ellos.

El Señor Sam fue el abuelo consentidor de todos.

Las familias de los nobles inseparables se reunían cada año en diferentes partes para compartir, su amistad y fraternidad duró por muchas generaciones. Convirtiéndose esas reuniones en algo tradicional.

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”

*1 Corintios 13: 4 al 7(Reina-Valera 1960)*

¡Que el amor de Dios llegue a su vida en forma de Jesús amable lector!

Os querré siempre y para siempre.  
L.C

***FIN***